



José Eduardo
Agualusa **El vendedor
de pasados**



Lectulandia

Félix Ventura es un personaje peculiar. Además de ser albino, ha escogido un extraño oficio: vendedor de pasados falsos. Después de años de guerra, sus clientes —prósperos empresarios, políticos, generales y la emergente burguesía angoleña— tienen un futuro prometedor. Así que sólo les falta un pasado presentable. Félix les fabrica una genealogía de lujo, memorias felices, e incluso les procura los inevitables retratos de ancestros ilustres. Una noche llega un misterioso extranjero solicitando sus servicios y, de pronto, el pasado irrumpe en el presente en una trama que es también una originalísima novela negra en la que nadie es lo que parece y empiezan a ocurrir hechos imposibles.

Una sátira feroz, divertidísima, pero también esperanzada. Una novela que es también una reflexión sobre la construcción de la memoria y sus equívocos, acerca de cómo podemos recordar cosas que nunca sucedieron y olvidar, sin concesiones, lo sucedido. Una novela contada por un insólito narrador, irónico y extraordinariamente perceptivo, que haría las delicias del mismísimo Jorge Luis Borges.

Lectulandia

José Eduardo Agualusa

El vendedor de pasados

ePub r1.0

Titivillus 08.02.2017

Título original: *O vendedor de passados*
José Eduardo Agualusa, 2004
Traducción: Rosa Martínez Alfaro
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Si tuviera que nacer otra vez
escogería algo totalmente diferente.
Me gustaría ser noruego. Quizá persa.
Uruguayo no, porque sería como cambiar de barrio.

JORGE LUIS BORGES

Un pequeño dios nocturno

He nacido en esta casa y me he criado en ella. Nunca he salido. Al atardecer apoyo el cuerpo en el cristal de las ventanas y contemplo el cielo. Me gusta ver las llamaradas altas, las nubes a galope y, por encima, los ángeles, legiones de ellos, sacudiéndose las chispas del pelo, agitando sus grandes alas en llamas. El espectáculo es siempre idéntico. Todas las tardes, sin embargo, vengo hasta aquí y me divierto y me conmuevo como si lo viese por primera vez. La semana pasada Félix Ventura llegó más pronto y me sorprendió riendo mientras fuera, en el azul revuelto, una nube enorme corría en círculos, como un perro, intentando apagar el fuego que le abrasaba la cola.

—¡Ay, no me lo puedo creer! ¿Te estás riendo?

Me irritó el asombro de la criatura. Sentí miedo, pero no moví un músculo. El albino se quitó las gafas oscuras, las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, se quitó la chaqueta, lenta, melancólicamente, y la colgó con cuidado en el respaldo de una silla. Eligió un disco de vinilo y lo puso en el plato del viejo tocadiscos. *Nana para un río*, de Dora, *la Cigarra*, una cantante brasileña que, supongo, tuvo alguna notoriedad en los años setenta. Lo que me lleva a suponer eso es la portada del disco. Es el dibujo de una mujer en biquini, negra, guapa, con unas grandes alas de mariposa prendidas a la espalda. «Dora, *la Cigarra* —*Nana para un río*—, el gran éxito del momento». Su voz arde en el aire. En las últimas semanas, ésta ha sido la banda sonora del crepúsculo. Me sé la letra de memoria.

Nada pasa, nada expira.
El pasado es
un río que duerme
y la memoria
una mentira multiforme.

Duermen del río las aguas
y en mi regazo duermen los días,
duermen,

duermen las penas,
las agonías,
duermen.

Nada pasa, nada expira.
El pasado es
un río dormido,
parece muerto, apenas respira,
despiértalo y saltará
con un alarido.

Félix esperó que, con la luz, se apagasen también las últimas notas del piano. A continuación giró uno de los sofás, casi sin hacer ruido, de manera que quedase mirando a la ventana. Por fin se sentó. Estiró las piernas suspirando:

—¡Caray! ¿Así que su honorable bajeza se ríe? Extraordinaria novedad...

Me pareció abatido. Acercó la cara y le vi los ojos inyectados en sangre. Su aliento me envolvió el cuerpo. Un calor agrio.

—Pésima piel, la tuya. Debemos de ser de la misma familia.

Estaba esperando aquello. Si pudiese hablar, hubiera sido brusco. Mi aparato bucal, sin embargo, apenas me permite reír. Así que intenté lanzarle a la cara una carcajada feroz, algún sonido capaz de asustarlo, de alejarlo de allí, pero sólo conseguí una gárgara floja. Hasta la semana pasada el albino siempre me había ignorado. Desde entonces, después de haberme oído reír, llega más pronto. Va a la cocina, regresa con un vaso de zumo de papaya, se sienta en el sofá y comparte conmigo la fiesta del ocaso. Conversamos. Mejor dicho, él habla y yo escucho. A veces me río y eso le basta. Ya nos une, sospecho, un hilo de amistad. Las noches de sábado, no todas, el albino llega con una chica de la mano. Son muchachas espigadas, altas y elásticas, de finas piernas de garza. Algunas entran con miedo, se sientan en el borde de las sillas evitando mirarlo de frente, incapaces de disimular la repugnancia que sienten. Beben un refresco, sorbo a sorbo, y luego se desnudan en silencio, lo esperan tumbadas de espaldas, con los brazos cruzados sobre los senos.

Otras, más osadas, se aventuran solas por la casa y evalúan el brillo de las platas, la nobleza de los muebles, pero enseguida regresan a la sala, asustadas por las pilas de libros en las habitaciones y en los pasillos y, sobre todo, por la mirada severa de los caballeros de sombrero alto y monóculo, la mirada burlona de las *bessanganas*^[1] de Luanda y de Benguela, la mirada pasmada de los oficiales de la marina portuguesa con sus uniformes de gala, la mirada alucinada de un príncipe congolés del siglo XIX, la mirada desafiante de un famoso escritor negro estadounidense, todos posando para la eternidad entre marcos dorados. Buscan en las estanterías algún disco,

—¿No tienes *cu duro*^[2], tío?

y como el albino no tiene *cu duro*, no tiene *quizomba*^[3], no tiene a la Banda

Maravilha ni a Paulo Flores, los grandes éxitos del momento, acaban eligiendo los de portada más vistosa, invariablemente ritmos cubanos. Bailan, bordando cortos pasos en el suelo de madera, mientras se desabrochan uno a uno los botones de la blusa. La piel perfecta, muy negra, húmeda y luminosa, contrasta con la del albino, seca y áspera, de color rosa. Yo lo veo todo. Dentro de esta casa soy como un pequeño dios nocturno. Durante el día, duermo.

La casa

La casa vive. Respira. La oigo suspirar toda la noche. Las gruesas paredes de adobe y madera están siempre frescas, incluso cuando, en pleno mediodía, el sol silencia los pájaros, azota los árboles, derrite el asfalto. Me deslizo a lo largo de ellas como un ácaro por la piel del huésped. Siento, si las abrazo, un corazón que late. Será el mío. Será el de la casa. Poco importa. Me reconforta. Me transmite seguridad. La vieja Esperança trae a veces a uno de sus nietos más pequeños. Los transporta a la espalda, bien sujetos con una tela, según el uso secular de la tierra. Hace todo su trabajo así. Barre el suelo, quita el polvo de los libros, cocina, lava la ropa, plancha. El bebé, con la cabeza pegada a su espalda, siente el corazón y su calor, se cree de nuevo en el útero de la madre, y duerme. Tengo con la casa una relación semejante. Al atardecer, ya lo he dicho, me quedo en la sala de visitas, pegado a las vidrieras, viendo morir el sol. Después de que caiga la noche deambulo por las diferentes dependencias. La sala de visitas comunica con el jardín, estrecho y mal cuidado, cuyo único encanto son dos gloriosas palmeras imperiales, muy altas, muy altivas, que se yerguen una en cada extremo vigilando la casa. La sala está unida a la biblioteca. De ésta se pasa al pasillo a través de una puerta ancha. El pasillo es un túnel hondo, húmedo y oscuro, que permite el acceso al dormitorio, al comedor y a la cocina. Esta parte de la casa da al patio. La luz de la mañana acaricia las paredes, verde, suave, filtrada por las altas ramas del aguacate. Al final del pasillo, a mano izquierda según se entra, viniendo de la sala, se alza con esfuerzo una pequeña escalera de tres peldaños quebrados que lleva a una especie de buhardilla que el albino frecuenta poco. Está llena de cajas de libros. Yo tampoco voy allí muchas veces. Hay murciélagos que duermen en las paredes, cabeza abajo, envueltos en sus capas negras. Ignoro si los geos forman parte de la dieta de los murciélagos. Prefiero seguir sin saberlo. El mismo motivo — ¡el terror! — me impide explorar el patio. Veo, desde las ventanas de la cocina, del comedor o de la habitación de Félix, cómo la hierba crece, bravía, entre los rosales. Un inmenso aguacate se levanta, frondoso, precisamente en el centro del patio. Hay también dos nísperos, altos, cargados de frutos, y una buena docena de papayos. Félix cree en el poder regenerador de las papayas. Un muro alto cierra el jardín. La cima del muro está recubierta por cascos de vidrio de diversos colores pegados con cemento. Desde aquí, desde donde los veo, me recuerdan dientes. Este feroz artificio no impide que, de vez en cuando, algunos niños salten el muro y roben aguacates, nísperos y papayas. Colocan una tabla en el muro y después levantan el cuerpo. Me parece una tarea demasiado arriesgada para tan escaso provecho. Quizá no lo hagan para probar las frutas. Creo que lo hacen para probar el riesgo. Quizá mañana, el riesgo les sepa a nísperos maduros. Imaginemos que uno de ellos llegue a hacerse zapador. En este país no falta trabajo para los zapadores. Aun ayer vi, en la televisión, un reportaje sobre el proceso de desminado. Un dirigente de una organización no gubernamental lamentó la incertidumbre de los números. Nadie sabe, a ciencia cierta,

cuántas minas se enterraron en el suelo de Angola. Entre diez y veinte millones. Probablemente haya más minas que angoleños. Supongamos, pues, que uno de esos niños se haga zapador. Siempre que rastree un campo de minas le vendrá a la boca el remoto sabor de un níspero. Un día se enfrentará a la inevitable pregunta, lanzada, con una mezcla de curiosidad y horror, por un periodista extranjero:

—¿En qué piensa cuando desactiva una mina?

Y el niño que todavía lleva dentro responderá sonriendo:

—En nísperos, colega.

La vieja Esperança, por su parte, cree que son los muros los que engendran ladrones. Oí que se lo decía a Félix. El albino la miró a la cara, divertido:

—¡Pero si hay una anarquista en casa! Dentro de poco la sorprende leyendo a Bakunin.

Dijo esto y no le prestó más atención. Ella nunca ha leído a Bakunin, claro; de hecho, nunca ha leído libro alguno, apenas si sabe leer. Con todo, estoy aprendiendo muchas cosas de la vida, en general, o sobre la vida en este país, que es la vida en estado de embriaguez, oyéndola hablar a solas, ahora murmurando dulcemente, como quien canta, ahora en voz alta, como quien reprende, mientras arregla la casa. La vieja Esperança está convencida de que no morirá nunca. En 1992 sobrevivió a una masacre. Había ido a casa de un dirigente de la oposición a buscar una carta de su hijo más pequeño, de servicio en Huambo, cuando irrumpió (desde todas partes) un fuerte tiroteo. Insistió en salir de allí, quería regresar a su barrio, pero no la dejaron.

—Es una locura, vieja, haga como si lloviera. Dentro de poco parará.

No paró. El tiroteo, como un temporal, fue haciéndose más fuerte, más cerrado, fue creciendo en dirección a la casa. Félix me contó lo que pasó aquella tarde:

—Llegó una tropa bulliciosa, una pandilla de amotinados bien armados, muy bebidos, entraron en la casa a la fuerza y apalearon a todo el mundo. El comandante quiso saber cómo se llamaba la anciana. Ella le dijo, «Esperança Job Sapalalo, señor», y él se rió. Se burló de ella, «Esperança será la última en morir». Alinearon al dirigente y a su familia en el patio de la casa y los fusilaron. Cuando llegó el turno de la vieja Esperança no quedaban más balas. «Lo que te ha salvado», le gritó el comandante, «ha sido la logística. Nuestro problema siempre es la logística». Después mandó que se fuera. Ahora ella se cree inmune a la muerte. Quizá lo sea.

No me parece imposible. Esperança Job Sapalalo tiene una fina tela de arrugas en el rostro, el pelo completamente blanco, pero mantiene las carnes duras y los ademanes firmes y precisos. En mi opinión es la columna que sustenta esta casa.

El extranjero

Félix Ventura examina los periódicos mientras cena, los hojea atentamente y si algún artículo le interesa lo marca con un bolígrafo de color lila. Termina de comer y entonces lo recorta con cuidado y lo guarda en un archivador. En uno de los anaqueles de la biblioteca hay decenas de estos archivadores. En otro duermen centenas de casetes de vídeo. A Félix le gusta grabar noticiarios, acontecimientos políticos importantes, todo lo que un día le pueda ser útil. Los casetes están colocados por orden alfabético, según el nombre de la personalidad o el acontecimiento al que se refieran. Su cena se resume en un cuenco de caldo de col, especialidad de la vieja Esperança, un té a la menta, una gruesa tajada de papaya, aderezada con limón y una gota de vino de oporto. En la habitación, antes de acostarse, se pone el pijama con tal formalidad que siempre me quedo esperando verlo anudarse al cuello una corbata oscura. Aquella noche el estrépito del timbre le interrumpió la sopa. Eso lo irritó. Dobló el periódico, se levantó con esfuerzo y fue a abrir la puerta. Vi entrar a un hombre alto, distinguido, de nariz aguileña, los pómulos de la cara saltones, el bigote poblado, curvo y lustroso, como no se usa desde hace más de un siglo. Sus ojos, pequeños y brillantes, parecían apoderarse de todas las cosas. Vestía un traje azul, de corte anticuado que, no obstante, le sentaba bien, y sostenía en la mano izquierda un maletín de piel. La sala se hizo más oscura. Fue como si la noche, o algo todavía más tenebroso que la noche, hubiese entrado con él. Enseñó una tarjeta de visita. La leyó en voz alta:

—Félix Ventura. Asegure a sus hijos un pasado mejor. —Se rió. Una risa triste, pero simpática—. Es usted, supongo. Un amigo me ha dado esta tarjeta.

No conseguí por el acento adivinar su origen. El hombre hablaba suavemente, con una suma de pronunciaciones diversas, una sutil aspereza eslava aderezada con la suave miel del portugués de Brasil. Félix Ventura retrocedió:

—¿Quién es usted?

El extranjero cerró la puerta. Se paseó por la sala, con las manos cruzadas a la espalda, deteniéndose un rato frente al bello retrato al óleo de Frederick Douglass^[4]. Finalmente se sentó en uno de los sillones y con ademán elegante invitó al albino a hacer lo mismo. Parecía ser él el dueño de la casa. Amigos comunes, dijo, y su voz se hizo todavía más suave, le habían indicado aquella dirección. Le habían hablado de un hombre que traficaba memorias, que vendía pasados, secretamente, como otros contrabandean cocaína. Félix lo miró desconfiado. Todo en aquel extraño le irritaba: sus modales suaves y al mismo tiempo autoritarios, su discurso irónico, su bigote arcaico. Se sentó en un majestuoso sillón de mimbre, en el extremo opuesto de la sala, como si recelase contagiarse de la delicadeza del otro.

—¿Puedo saber quién es usted?

Aquella vez tampoco obtuvo respuesta. El extranjero pidió permiso para fumar.

Se sacó del bolsillo de la chaqueta una pitillera de plata, la abrió y lió un cigarrillo. Sus ojos saltaban de un sitio a otro, con una atención distraída, como una gallina picoteando en el polvo. Dejó que el humo se expandiera y lo cubriera. Sonrió con un inesperado fulgor:

—Pero explíqueme, querido, ¿quiénes son sus clientes?

Félix Ventura se rindió. Lo buscaba, explicó, toda una clase, la nueva burguesía. Eran empresarios, ministros, terratenientes, traficantes de diamantes, generales, gente, en definitiva, con el futuro asegurado. A esas personas lo que les hacía falta era un buen pasado, antepasados ilustres, pergaminos. Resumiendo: un nombre que sonase a nobleza y a cultura. Él les vende un nuevo pasado en papel. Les traza el árbol genealógico. Les da fotografías de sus abuelos y bisabuelos, caballeros de fina estampa, señoras de tiempo antiguo. A los empresarios, a los ministros, les gustaría tener como tías a aquellas señoras, prosiguió, señalando los retratos de las paredes — ancianas mujeres envueltas en telas, legítimas *bessanganas*—, les gustaría tener un abuelo con el porte ilustre de un Machado de Assis, de un Cruz e Sousa, de un Alejandro Dumas, y él les vende ese sencillo sueño.

—Perfecto, perfecto. —El extranjero se atusó el bigote—. Eso fue lo que me dijeron. Necesito sus servicios. Me temo, además, que le va a dar bastante trabajo.

—El trabajo libera —murmuró Félix.

Quizá lo dijera para provocar, para verificar la identidad del intruso, pero si ésa fue su intención, se equivocó, pues éste se limitó a asentir con la cabeza. El albino se levantó y desapareció en dirección a la cocina. Volvió poco después sosteniendo con ambas manos una botella de buen tinto portugués. Se la enseñó al extranjero. Le ofreció una copa. Preguntó:

—¿Puedo saber su nombre?

El extranjero examinó el vino a la luz de la lámpara. Bajó los párpados y bebió despacio, atento, feliz, como quien sigue el vuelo de una fuga de Bach. Posó la copa en una mesita, justo enfrente de él, un mueble de caoba con cubierta de cristal; finalmente se enderezó y respondió:

—He tenido muchos nombres, pero quiero olvidarlos todos. Prefiero que sea usted quien me bautice.

Félix insistió. Necesitaba saber, como mínimo, a qué se dedicaban sus clientes. El extranjero levantó la mano derecha, una mano ancha, de dedos largos y huesudos, con un ligero ademán de rechazo. Después la bajó y suspiró:

—Tiene razón. Soy reportero fotográfico. Recojo imágenes de guerras, del hambre y de sus fantasmas, de desastres naturales, de grandes desgracias. Piense en mí como en un testigo.

Explicó que pretendía instalarse en el país. Quería más que un pasado decente, que una familia numerosa, tíos y tías, primos y primas, sobrinos y sobrinas, abuelos y abuelas, incluso dos o tres *bessanganas*, aunque todos muertos, naturalmente, o en el exilio, quería más que retratos y relatos. Necesitaba un nuevo nombre y documentos

nacionales, auténticos, que sirviesen de testimonio de esa identidad. El albino lo escuchaba aterrado:

—¡No! —alcanzó a decir—. Yo no hago eso. Fabrico sueños, no soy un falsificador... Además, permítame la franqueza, sería difícil inventar para usted toda una genealogía africana.

—¡Vaya hombre! Y ¿por qué?

—Bueno... ¡Es usted blanco!

—¡Y qué! ¡Usted es más blanco que yo!

—¿Blanco, yo? —El albino se atragantó. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente—. ¡Nada de eso! Soy negro. Soy negro puro. Soy autóctono. ¿Es que no ve que soy negro?

Yo, que había permanecido todo el tiempo en mi lugar habitual, junto a la ventana, no conseguí evitar una carcajada. El extranjero levantó la cabeza como si husmease el aire. Tenso, alerta:

—¿Ha oído eso? ¿Quién se ha reído?

—Nadie —respondió el albino y me señaló—. Ha sido el gecko.

El hombre se levantó. Lo vi acercarse y sentí que sus ojos me atravesaban. Era como si mirase directamente mi alma (mi vieja alma). Movié la cabeza con un silencio perplejo:

—¿Sabe lo que es esto?

—¿Cómo?

—Es un gecko, sí, pero de una especie muy rara. ¿Ha visto esas rayas? Se trata de un gecko tigre, o gecko atigrado, un animal tímido, aún poco estudiado. Los primeros ejemplares se descubrieron hace media docena de años en Namibia. Se cree que puedan vivir dos décadas, quizá más. Su risa impresiona. ¿No le parece una risa humana?

Félix asintió. Sí, al principio él también se sintió perturbado. Después consultó algunos libros sobre reptiles, los encontró allí mismo, en casa, tenía libros de todo, miles de ellos, los había heredado de su padre adoptivo, un anticuario de libros que cambió Luanda por Lisboa pocos meses después de la independencia, y descubrió que algunas especies de geckos podían emitir fuertes sonidos, semejantes a las carcajadas. Estuvieron un buen rato hablando de mí, lo que me incomodó, porque lo hacían como si yo no estuviese presente. Al mismo tiempo sentía que no hablaban de mí, sino de un ser alienígena, de una vaga y remota anomalía biológica. Los hombres lo ignoran casi todo sobre los pequeños seres con los que comparten el hogar. Ratas, murciélagos, cucarachas, hormigas, ácaros, pulgas, moscas, mosquitos, arañas, lombrices, polillas, termitas, chinches, gorgojos, caracoles, escarabajos. Decidí que lo mejor sería ocuparme de mis asuntos. A aquellas horas la habitación del albino se llenaba de mosquitos y yo empezaba a tener hambre. El extranjero se levantó, fue hasta la silla donde había dejado el maletín, lo abrió y sacó un grueso sobre. Se lo entregó a Félix, se despidió de él y avanzó hasta la puerta. Él mismo la abrió. Hizo

una seña con la cabeza y desapareció.

Un barco lleno de voces

Cinco mil dólares en billetes grandes.

Félix Ventura rasgó el sobre con un gesto rápido, nervioso, y los billetes saltaron como mariposas verdes, aletearon un momento en el aire nocturno y se esparcieron por el suelo, por encima de los libros, por debajo de las sillas y los sofás. El albino se sintió angustiado. Abrió la puerta, dispuesto a perseguir al extranjero, pero en la noche inmensa ya no había nadie.

—¿Has visto eso? —hablaba conmigo—. Y ahora, ¿qué hago?

Recogió los billetes, uno a uno, los contó, y volvió a guardarlos. Sólo entonces se dio cuenta de que había una nota dentro del sobre. La leyó en voz alta:

Estimado señor, pretendo entregarle cinco mil más cuando reciba todo el material. Le dejo algunas fotografías mías, de tamaño carnet, para que las utilice en los documentos. Volveré a pasar por aquí dentro de tres semanas.

Félix se acostó e intentó leer un libro, la biografía de Bruce Chatwin, de Nicholas Shakespeare, en la edición portuguesa de Quetzal. Al cabo de diez minutos lo dejó en la mesilla de noche y se levantó. Deambuló por la casa hasta el amanecer murmurando frases sueltas. Sus manitas de viuda, tiernas y minúsculas, revoloteaban sin orden ni concierto, autónomas, mientras hablaba. Su cabello crespo, cortado a ras, irradiaba alrededor un aura milagrosa. Si alguien lo viese desde la calle, por las ventanas, pensaría que era un fantasma.

—¡No, qué disparate! No lo haré.

[...]

—El pasaporte no sería difícil, ni siquiera arriesgado, y sería barato. Puedo hacerlo, ¿por qué no? Algún día tendría que hacerlo, es la prolongación inevitable de este juego.

[...]

—Cuidado, tío, cuidado con el camino que tomas. No eres un falsificador. Ten paciencia, inventa una disculpa, devuélvele los dólares y dile que no puede ser.

[...]

—Diez mil dólares no se tiran así como así. Paso dos o tres meses en Nueva York. Voy a visitar los anticuarios de libros de Lisboa. Voy a Río de Janeiro, a las ruedas de samba, voy a los salones de baile, a las librerías de segunda mano, o a París a comprar discos y libros. ¿Cuánto hace que no voy a París?

[...]

La preocupación de Félix Ventura perturbó mi actividad cinegética. Soy un cazador nocturno. Una vez que localizo las presas las persigo, obligándolas a subir al

techo. Una vez arriba, los mosquitos ya no bajan. Entonces corro a su alrededor en círculos cada vez más cerrados, los acorralo en un rincón y los devoro. Ya empezaba a rayar el día cuando el albino, tumbado en uno de los sofás de la sala, me contó la historia de su vida.

—Suelo pensar en esta casa como si fuera un barco. Un viejo navío a vapor surcando con dificultad el pesado cieno de un río. La selva inmensa. La noche alrededor — Félix dijo esto, bajó la voz y señaló los libros con un leve gesto—. Mi barco está lleno de voces.

Podía oír cómo la noche se deslizaba afuera. Ladridos. Garras arañando los cristales. Al mirar por las ventanas no me resultaba difícil adivinar el río, las estrellas girando en su dorso, como aves esquivas escapando entre el ramaje. El mulato Fausto Bendito Ventura, anticuario de libros, hijo y nieto de anticuarios de libros, encontró una mañana de domingo una caja en la puerta de su casa. Dentro, tumbado sobre varios ejemplares de *La reliquia* de Eça de Queirós, había una criatura desnuda, muy flaca y deslavada, con un pelo de espuma incandescente y una límpida sonrisa de triunfo. Viudo, sin hijos, el anticuario recogió al niño, lo crió y lo educó, convencido de que un designio superior había urdido aquella improbable trama. Guardó la caja, así como los respectivos libros. El albino me contó esto orgulloso:

—Eça fue mi primera cuna.

Fausto Bendito Ventura se hizo anticuario de libros por distracción. Se enorgullecía de no haber trabajado en su vida. Por la mañana temprano salía a pasear por la Baixa de la ciudad, parsimonioso, con mucho aplomo enfundado en su traje de lino, con sombrero de paja, pajarita y bastón, saludando a amigos y a conocidos con un ligero toque con el dedo índice en el ala del sombrero. Si fortuitamente se cruzaba con alguna señora de su tiempo, le dedicaba la luz de una galante sonrisa. Susurraba: «Buenos días, poesía». Lanzaba piropos picantes a las empleadas de los bares. Se cuenta (me contó Félix) que un día un envidioso lo provocó:

—A fin de cuentas, ¿qué hace usted los días laborables?

La réplica de Fausto Bendito, «Todos mis días son laborables, caballero, yo los paseo», aún hoy despierta aplausos y carcajadas entre el magro círculo de antiguos funcionarios coloniales que, en las tardes exánimes de la gloriosa cervecería Biker, persisten en eludir la muerte jugando a las cartas y contando anécdotas. Fausto comía en casa, dormía la siesta y después se sentaba en el porche a disfrutar de la fresca brisa de la tarde. En aquella época, antes de la independencia, aún no se había levantado el alto muro que separa el jardín de la acera y el portón siempre estaba abierto. A sus clientes les bastaba con subir un escalón para tener acceso libre a los libros, pilas y pilas de ellos, dispuestos al azar en el resistente suelo del salón.

Comparto con Félix Ventura un amor (en mi caso sin esperanza) por las palabras antiguas. A Félix Ventura quien lo educó en ese sentimiento fue, primero, su padre,

Fausto Bendito, y después un viejo profesor durante los primeros años de instituto, un sujeto de modales melancólicos, alto y tan delgado que parecía caminar siempre de perfil, como un grabado egipcio. Gaspar, que así se llamaba el profesor, se conmovía con el desamparo de ciertos vocablos. Los hallaba abandonados a su suerte, en algún lugar yermo de la lengua, e intentaba rescatarlos. Los usaba con ostentación y persistencia, consternando a unos y desconcertando a otros. Creo que triunfó. Sus alumnos empezaron usando esos vocablos primero a modo de burla y luego como una jerga íntima, como un tatuaje tribal, que los hacía diferentes de la juventud restante. Hoy, me ha asegurado Félix, todavía son capaces de reconocerse unos a otros, aunque no se hayan visto antes, con las primeras palabras.

—Aún tiemblo cada vez que oigo a alguien decir edredón, un galicismo hediondo, en vez de decir frazada, que a mí me parece, y estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo, una palabra más bella y muy noble. Aunque ya me he conformado con crinolina. Miriñaque tiene otra dignidad histórica. Sigue sonando un poco extraño, ¿no crees?

Sueño n.º 1

Atravieso las calles de una ciudad ajena escabulléndome entre la muchedumbre. Pasan por mi lado personas de todas las razas, de todas las creencias y de todos los sexos (durante mucho tiempo creí que sólo había dos). Hombres de negro, gafas oscuras, con maletines. Monjes budistas, riéndose mucho, alegres como naranjas. Mujeres diáfanas. Gordas matronas con carritos de la compra. Adolescentes delgadas, en patines, breves aves escabulléndose entre la muchedumbre. Niños en fila india, con uniforme escolar, del primero al último tomados de la mano, delante de todos una profesora, detrás de todos otra profesora. Árabes con chilaba y solideo. Cabezas rapadas paseando con correa perros asesinos. Policías. Ladrones. Intelectuales absortos. Obreros en mono de trabajo. Nadie me ve. Ni siquiera los japoneses, en grupos, con cámaras de vídeo y estrechos ojos atentos a todo. Me detengo ante las personas, hablo con ellas, las sacudo, pero no se fijan en mí. No hablan conmigo. Hace tres días que sueño con eso. En mi otra vida, cuando aún tenía forma humana, me sucedía lo mismo con cierta frecuencia. Recuerdo despertarme después con la boca amarga y el corazón lleno de angustia. Creo que en aquella época era una premonición. Quizá ahora sea una confirmación. Sea como sea ya no me aflige.

Alba

Al despertar se llamaba Alba, Aurora o Lúcia; por la tarde Dagmar; por la noche Estela. Era alta, muy blanca, no de ese tono opaco y lechoso tan común en las mujeres del norte de Europa, sino de un leve albor de mármol, translúcido, bajo el que era posible seguir la impetuosa corriente de la sangre. Ya la temía antes de verla. Al verla perdí el habla. Le extendí temblando el sobre doblado por la mitad en cuyo anverso mi padre había escrito «Para madame Dagmar», con aquella caligrafía de lujo que hacía de cualquier nota, por simple que fuera, incluso una receta de sopa, parecer la orden de un califa. Ella lo abrió, y sacó, con la punta de los dedos, una pequeña tarjeta, y al echarle la vista encima no fue capaz de contener la risa:

—¿Eres virgen?

Me sentí desfallecer. Sí, había cumplido dieciocho años y nunca había estado con una mujer. Dagmar me llevó de la mano por un laberinto de pasillos y cuando me di cuenta estaba, estábamos ambos, en una habitación enorme, atónito por pesados espejos. Entonces ella levantó los brazos sin dejar de sonreír y el vestido se deslizó como un murmullo hasta los pies:

—La castidad es una agonía inútil, chico, yo la corrijo con placer.

Me la imaginé con mi padre en la penumbra abrasadora de esa misma habitación. Fue un relámpago, una revelación, la vi, multiplicada por los espejos, soltar el vestido y liberar los senos. Vi sus caderas anchas, sentí su calor y vi a mi padre, vi las manos poderosas de mi padre. Oí su carcajada de hombre maduro estallando contra la piel de ella y la palabra chula. Viví aquel exacto instante, miles, millones de veces, con terror y con asco. Lo viví hasta el último de mis días.

A veces me viene a la memoria un infeliz verso cuyo autor no recuerdo. Probablemente lo haya soñado. Quizá sea el estribillo de un fado, de un tango, de alguna antigua samba que escuché siendo niño:

El peor pecado es no amar.

En mi vida ha habido muchas mujeres, pero me temo no haber amado a ninguna. No con pasión. No, quizá, como exige la naturaleza. Pienso en eso con horror. Mi condición actual será —me atormenta la sospecha— un castigo irónico. O es eso o ha sido una simple distracción.

El nacimiento de José Buchmann

Esta vez el extranjero se anunció antes de aparecer, telefoneó, y a Félix Ventura le dio tiempo a prepararse. A las siete y media ya estaba vestido, como si lo esperase una boda y él fuese el novio, o el padre del novio, con un traje claro, de lino crudo sobre el que brillaba, como un signo de exclamación, una pajarita de seda encarnada. Había heredado el traje de su padre.

—¿Espera a alguien?

Lo esperaba a él. La vieja Esperança había dejado en el horno, para que no se enfriara, un caldo de pescado. Aquella madrugada había comprado un bonito pargo directamente a los pescadores de Ilha y cinco bagres ahumados en el mercado de São Paulo. Una prima le había traído de Gabela unas bayas perfumadas con guindilla, «Fuego en estado sólido», me explicó el albino, además de mandioca, boniatos, espinacas y tomates. En cuanto Félix colocó la bandeja en la mesa se esparció por la sala un fuerte aroma, cálido como un abrazo, y por primera vez desde hacía mucho tiempo lamenté mi condición actual. A mí también me hubiera gustado poder sentarme a la mesa. El extranjero comía con un apetito radiante, como si saborease no la carne firme del pargo, sino su vida entera, años y años deslizándose entre la súbita explosión de los cardúmenes, el torbellino de las aguas, los densos hilos de luz que, en las tardes de sol, caen a plomo bajo el abismo azul.

—Un ejercicio interesante —dijo— es intentar ver los hechos a través de la mirada de la víctima. Por ejemplo, el pescado que nos estamos comiendo... generoso pargo, ¿verdad?... ¿Ha intentado alguna vez ver nuestra cena desde su perspectiva?

Félix Ventura miró al pargo con una atención que hasta el momento el pobre pescado no había merecido; después, horrorizado, apartó el plato. El otro siguió hablando solo:

—¿Cree que la vida nos pide compasión? No lo creo. Lo que la vida nos pide es que la festejemos. Volvamos al pargo. ¿Si usted fuese este pargo preferiría que me lo comiese con disgusto o con alegría?

El albino permaneció callado. Él sabe que es un pargo (lo somos todos), pero prefiere, creo, que no se lo coman nunca. El extranjero siguió hablando:

—En una ocasión me llevaron a una fiesta. Un anciano celebraba su centésimo aniversario. Quise saber cómo se sentía. El pobre hombre me sonrió atónito y me dijo: «No sé muy bien, ha pasado todo demasiado rápido». Se refería a sus cien años de vida y era como si estuviese hablando de un desastre, de algo que se hubiese desmoronado sobre él minutos antes. A veces siento lo mismo. Me duele en el alma un exceso de pasado y de vacío. Me siento como ese anciano.

Enderezó el cuerpo:

—Y todavía estoy vivo. He sobrevivido. Empecé a entenderlo, por extraño que le

parezca, al desembarcar en Luanda. ¡La vida, sí señor! La Angola que me ha devuelto a la vida. A este propicio vino, que conmemora y une.

¿Qué edad tendrá? Quizá sesenta y en ese caso ha cuidado muy bien de su cuerpo toda la vida, o cuarenta, cuarenta y cinco, y entonces debe de haber atravesado años de profunda desesperación. Al verlo allí sentado me pareció sólido como un rinoceronte. Sus ojos, sin embargo, parecen mucho más antiguos, cargados de incredulidad y de fatiga, aunque en determinados momentos, como cuando, ahora mismo, ha levantado la copa y ha brindado por la vida, los ilumine una luz de aurora.

—¿Qué edad tiene usted?

—Permítame que sea yo el que haga preguntas. ¿Ha conseguido lo que le pedí?

Félix levantó la mirada. Lo había conseguido. Tenía allí un carnet de identidad, un pasaporte, un permiso de conducir, todos ellos documentos a nombre de José Buchmann, natural de Chibia, cincuenta y dos años, fotógrafo profesional.

El pueblo de São Pedro da Chibia, en la provincia de Huila, al sur del país, fue fundado en 1884 por colonos naturales de Madeira, aunque por allí ya prosperaban, criando ganado, cultivando la tierra y alabando a Dios por la gracia de haber hecho que nacieran blancos en tierra de negros, media docena de familias bóers. Dirigía el clan el comandante Jacobus Botha. Su lugarteniente era un gigante pelirrojo y sombrío, Cornelio Buchmann, quien se casó, en 1898, con una joven madeirense, Marta Medeiros, que le dio dos hijos. El mayor, Pieter, murió siendo niño. El pequeño, Mateus, fue un cazador famoso que sirvió de guía durante largos años a grupos de sudafricanos e ingleses que llegaban a Angola en busca de emociones fuertes. Se casó tarde, ya pasaba de los cincuenta, con una artista norteamericana, Eva Miller, y tuvo un único hijo: José Buchmann.

Después de que terminaran la cena, después de beber su té a la menta —José Buchmann prefirió un café—, el albino fue a buscar una carpeta de cartulina y la abrió encima de la mesa. Le enseñó el pasaporte, el carnet de identidad, el permiso de conducir. También había varias fotografías. En una, en tonos sepia, bastante desgastada, se veía un hombre enorme, con aire absorto, montado en un búfalo:

—Éste —le presentó el albino— es su abuelo Cornelio Buchmann.

En otra, una pareja se abrazaba junto a un río contra un horizonte amplio y sin aristas. El hombre miraba hacia abajo. La mujer, con un vestido estampado, de flores, sonreía al objetivo. José Buchmann cogió la fotografía y se levantó, colocándose directamente bajo la luz de la lámpara. La voz le tembló un poco:

—¿Son mis padres?

El albino lo confirmó. Mateus Buchmann y Eva Miller, una tarde de sol, frente al río Chimpumpunhime. Debía de haber sido él mismo, José, entonces con once años, quien fijara aquel instante. Le enseñó un antiguo número de la revista *Vogue* con un reportaje sobre caza mayor en África austral. El artículo reproducía una acuarela con una escena de la vida salvaje —elefantes bañándose en una laguna— firmada por Eva Miller.

Pocos meses después de aquella foto, el río sereno hacia su destino, la hierba alta en medio de la tarde solemne, Eva partió a Ciudad del Cabo en un viaje que debería durar un mes, y nunca más regresó. Mateus Buchmann escribió a amigos comunes en Sudáfrica pidiendo noticias de su mujer, pero como no consiguió nada confió el hijo a un empleado, un viejo rastreador ciego, y fue en su busca.

—Y entonces, ¿la encontró?

Félix se encogió de hombros. Recogió las fotografías, los documentos, la revista, y lo guardó todo en la carpeta de cartulina. La cerró prendiéndola con un ancho lazo rojo, como si fuese un regalo, y se la entregó a José Buchmann.

—Se lo advierto —dijo—, no ponga los pies en Chibia.

Va para quince años que tengo el alma presa en este cuerpo y aún no me he conformado. Viví casi un siglo vistiendo la piel de un hombre y tampoco me sentí completamente humano. He conocido hasta ahora tres decenas de lagartijas, de unas cinco o seis especies diferentes, no sé bien, la biología nunca me ha interesado. Veinte cultivaban arroz o levantaban construcciones en la inmensa China, en la ruidosa India o en Pakistán, antes de que se despertaran de esa primera pesadilla para despertar en esta otra, creo que, para ellas o ellos, da igual, un poco menos atroz. Siete hacían lo mismo, o casi lo mismo, en África, una era dentista en Boston, otra vendía flores en Belo Horizonte, en Brasil, y la última se acordaba de haber sido cardenal. Sentía nostalgia del Vaticano. Ninguna había leído a Shakespeare. Al cardenal le gustaba Gabriel García Márquez. El dentista me dijo que había leído a Paulo Coelho. Yo nunca he leído a Paulo Coelho. Cambio con gusto la compañía de los geos y los lagartos por los soliloquios de Félix Ventura. Ayer me confesó que había conocido a una mujer extraordinaria. El término mujer, añadió, no le parecía exacto:

—Ângela Lúcia es a las mujeres lo que la humanidad es a los simios.

Frase atroz. El nombre, sin embargo, despertó otro en mí, Alba, y súbitamente me quedé atento y serio. El recuerdo de la mujer lo volvió locuaz. Hablaba de ella como quien se esfuerza en dar sustancia a un milagro.

—Ella es así... —hizo una pausa, con las manos abiertas, los ojos cerrados esforzándose en concentrarse, demorándose en encontrar las palabras—: ¡toda luz!

No me pareció imposible. Un nombre puede ser una condena. Algunos arrastran el nombre, como las aguas cenagosas de un río tras las grandes lluvias y, por más que éste resista, le imponen un destino. Otros, por el contrario, son como máscaras: esconden, eluden. La mayoría, evidentemente, no tiene poder alguno. Recuerdo sin placer, también sin dolor, mi nombre humano. No lo echo de menos. No era yo.

José Buchmann se ha hecho una visita regular en este extraño barco. Una voz más

que juntar a las demás. Quiere que el albino le aumente el pasado. No se ahorra preguntas:

—¿Qué pasó con mi madre?

Mi amigo (creo que ahora puedo llamarlo así) se enoja un poco con la insistencia. Ha cumplido su parte y no se considera obligado a más. Algunas veces, sin embargo, condesciende. Eva Miller, dijo, no volvió a Angola. Un antiguo cliente del padre, de familias del sur, como los Buchmann, el viejo Bezerra, se la encontró una tarde, por casualidad, en una calle de Nueva York. Era una señora frágil, ya de cierta edad, que se movía en medio de la multitud con una lentitud preocupante, como un pajarito con el ala quebrada, le dijo Bezerra. En una esquina cayó en sus brazos, realmente cayó en sus brazos, y él, con el susto, soltó un impropio en lengua ñañeca-humbe. La mujer protestó con una amplia sonrisa:

—¡Esas cosas no se le dicen a una dama!

Sólo entonces la reconoció. Se sentaron en un café de inmigrantes cubanos y conversaron hasta que cayó la noche. Félix dijo esto e hizo una pausa:

—Hasta que bajó la noche —se corrigió—, en Nueva York la noche baja, no cae. Aquí, sí, se abalanza desde el cielo.

Mi amigo se preocupa mucho por la exactitud. Se abalanza desde el cielo, la noche, añadió, como un ave rapaz. Interrupciones así desorientan a José Buchmann. Quiere saber el resto:

—¿Y después?

Eva Miller trabajaba como decoradora de interiores. Vivía en Manhattan, en un pequeño apartamento con vistas a Central Park. Las paredes de la minúscula sala, las paredes de la única habitación, las paredes del estrecho pasillo, estaban recubiertas de espejos. José Buchmann lo interrumpió:

—¿Espejos?

Sí, siguió contando mi amigo, pero, a juzgar por lo que le dijo el viejo Bezerra, no se trataba de espejos comunes. Sonrió. Percibí que ya lo arrastraba la fuerza de su propia fábula. Eran artefactos de feria popular, cristales perversos, concebidos con el propósito cruel de capturar y distorsionar la imagen de quienquiera que pasase por delante. A algunos se les había concedido el poder de transformar a la más elegante de las criaturas en un enano obeso; a otros, el de alargar. Había espejos capaces de iluminar un alma opaca. Otros que reflejaban no la cara de quien los miraba, sino la nuca, el dorso. Había espejos gloriosos y espejos infames. Así, siempre que entraba en su apartamento, Eva Miller no se sentía sola. Entraba con ella una multitud.

—¿Tiene el contacto de ese señor Bezerra?

Félix Ventura lo miró sorprendido. Se encogió de hombros, como si dijese, si quieres que vaya por ahí, de acuerdo, iré por ahí, y le contó que el pobre anciano Bezerra había muerto hacía escasos meses en Lisboa.

—Cáncer —dijo—. Cáncer de pulmón. Fumaba mucho.

Guardaron silencio, los dos, pensando en la muerte de Bezerra. La noche era tibia

y húmeda. Soplaba, por detrás de la ventana, una brisa plácida. Venía cargada de unos mosquitos tenues, blandos, que revoloteaban sin ton ni son, enloquecidos por la luz. Sentí hambre. Mi amigo miró al otro y se rió con placer:

—Debería cobrarle horas extras. ¡Caramba! ¿Es que me ha visto cara de Sherezade?

Sueño n.º 2

Había un chico esperándome, agachado, junto al muro. Abrió las manos y vi que estaban llenas de una luz verde, furtiva, de una materia encantada que rápidamente se dispersó en la oscuridad. Luciérnagas, murmuró. Un río se deslizaba detrás del muro, opaco, poderoso, resollando fatigado como un mastín. Detrás de él empezaba la selva. El muro, bajo, de piedra bruta, dejaba ver el agua negra, las estrellas correteando sobre su dorso, el denso follaje al fondo, como un pozo. El muchacho se subió encima de las piedras, sin esfuerzo, permaneció un momento inmóvil, con la cabeza hundida en la noche, y después saltó al otro lado. En el sueño yo era un hombre todavía joven, alto, tirando a gordo. Me costó un poco trepar el muro. Después salté. Me arrodillé en el fango y el río vino a lamerme las manos.

—¿Qué es esto?

El chico no respondió. Estaba de espaldas a mí. Su piel era más negra que la noche, lisa y lustrosa, y también en ella, como en el río, daba vueltas un carrusel de estrellas. Lo vi avanzar por el metal de las aguas hasta desaparecer. Resurgió, instantes después, en la otra orilla. El río, tumbado a los pies de la selva, por fin se había dormido. Seguí sentado allí, mucho tiempo, con la seguridad de que si me esforzase, si me quedase completamente inmóvil, despierto, si me tocase en el alma, ¡vete tú a saber!, de alguna manera el fulgor de las estrellas, conseguiría oír la voz de Dios. Y entonces realmente empecé a oírla, y era ronca y chirriaba como una tetera al fuego. Me esforzaba por entender lo que decía cuando vi emerger de las sombras, justo enfrente de mí, un perdiguero flaco, con una radio pequeña, de ésas de bolsillo, prendida al cuello. El aparato estaba mal sintonizado. Una voz de hombre, profunda, subterránea, luchaba con dificultad contra el tumulto eléctrico:

—El peor pecado es no amar —dijo Dios, con la suave voz de un cantante de tango—. Esta emisión está patrocinada por Panaderías Unión Marimba.

Después el perro se alejó, cojeando un poco, y todo volvió a quedar en silencio. Salté del muro y fui en dirección a las luces de la ciudad. Antes de alcanzar la carretera aún vi al chico, junto al muro, abrazado al perdiguero. Me miraban, los dos, como si fuesen un único ser. Les di la espalda pero seguí sintiendo (como si alguna cosa oscura me golpease por detrás) la mirada desafiante del perro y del niño. Me desperté sobresaltado. Estaba en una rendija húmeda. Unas hormigas pastaban entre mis dedos. Fui en busca de la noche. Mis sueños son, casi siempre, más verosímiles que la realidad.

Una luminaria

Me imaginé, a partir de la flamante, aunque sucinta, descripción de mi amigo, una especie de ángel iluminado. Supuse que sería un lustre. Creo que Félix exageró un poco. En una fiesta, perdida entre el humo y el tumulto, no se habría fijado en ella. Ângela Lúcia es una mujer joven, de piel morena y facciones delicadas, con unas finas trenzas negras que le caen libres sobre los hombros. Vulgar. Y, no obstante, es verdad, me siento obligado a reconocerlo, su piel reverbera a veces, sobre todo cuando se conmueve o se exalta, despidiendo destellos de cobre y en esos momentos se transforma, se vuelve realmente bella. Lo que más me impresionó, sin embargo, fue su voz, ronca y, con todo, húmeda, sensual. Esa tarde Félix llegó a casa llevándola por delante, como un trofeo. Ângela Lúcia observó atentamente los libros y los discos. Se rió mucho con el aplomo austero de Frederick Douglass.

—¿Y este tío qué hace aquí?

—Es uno de mis bisabuelos —le respondió el albino—. Mi abuelo Federico, padre de mi abuelo paterno.

El hombre se había enriquecido en el siglo XIX vendiendo esclavos a Brasil. Tras el fin del tráfico se compró una hacienda en Río de Janeiro y allí vivió largos y felices años. Regresó a Angola, ya muy anciano, acompañado de dos hijas, gemelas idénticas, todavía jóvenes. Las malas lenguas no tardaron en urdir sospechas sobre su improbable paternidad. El anciano las desmintió alegremente dejando encinta a una criada; esta vez lo hizo con tal talento que de ella nació un niño con unos ojos iguales en todo a los de su progenitor. Hasta daba miedo mirarlo. El retrato allí expuesto era la obra de un pintor francés. Ângela Lúcia le preguntó si podía fotografiar el retrato. A continuación pidió permiso para fotografiarlo a él, a mi amigo, sentado en el gran sillón de mimbre que su bisabuelo esclavista había traído de Brasil. La última luz de la tarde moría dulcemente en la pared de atrás.

—Una luz como ésta, créeme, sólo la he encontrado aquí.

Dijo que era capaz de reconocer algunos lugares del mundo sólo por la luz. En Lisboa, la luz, al final de la primavera, se postra alucinada sobre las casas y es blanca y húmeda, un poco salada. En Río de Janeiro, en esa estación intuitiva a la que los cariocas llaman otoño y que los europeos afirman con desdén que es puramente imaginaria, la luz se vuelve más suave, como si fuera un resplandor de seda, acompañada a veces por una ceniza húmeda que cubre las calles y que después desciende lenta, tristemente, a las plazas y los jardines. En los campos encharcados del Pantanal del Mato Grosso, por la mañana muy temprano, los guacamayos azules atraviesan el cielo, sacudiéndose de las alas una luz lúcida y lenta que poco a poco se posa en las aguas, crece y se propaga, y parece que cante. En la jungla de Taman Negara, en Malasia, la luz es una materia fluida que se pega a la piel y tiene sabor y olor. En Goa, es ruidosa y áspera. En Berlín el sol está siempre riéndose, al menos en

el instante en que consigue perforar las nubes, como en esos adhesivos ecologistas contra la energía nuclear. Incluso en los cielos más improbables, Ângela Lúcia había descubierto brillos que merecían ser rescatados del olvido; antes de haber visitado los países escandinavos creía que, por allí, en los eternos meses de invierno, la luz sería una mera conjetura. Pero no, las nubes se iluminaban a veces con amplios destellos de esperanza. Dijo esto y se levantó. Adoptó un aire dramático:

—¿Y en Egipto? En El Cairo, ¿ha estado alguna vez en El Cairo, junto a las pirámides de Gizeh? —Levantó las manos y declamó—: La luz cae tan fuerte, tan viva, magnífica, que parece posarse sobre las cosas como una suerte de neblina luminosa.

—¡Eso es Eça! —El albino sonrió—. Lo reconozco por los adjetivos, de la misma manera que sería capaz de reconocer a Nelson Mandela únicamente por sus camisas. Supongo que son las notas que escribió durante su viaje a Egipto.

Ângela Lúcia silbó alegre, impresionada; aplaudió. Entonces era verdad lo que decían de él, que había leído a los clásicos portugueses de cabo a rabo, a Eça de Queirós entero, ¿y al inagotable Camilo Castelo Branco? El albino tosió, se sonrojó. Desvió la conversación. Le dijo que tenía un amigo, fotógrafo como ella, y que, también como ella, había vivido muchos años en el extranjero y había regresado hacía poco tiempo al país. Un fotógrafo de guerra. ¿No le gustaría conocerlo?

—¿Un fotógrafo de guerra? —Ângela lo miró horrorizada—. ¿Y eso que tiene que ver conmigo? Ni siquiera sé si soy fotógrafa. Yo colecciono luz.

Sacó una caja de plástico del bolso y se la enseñó al albino:

—Ésta es mi luminaria —dijo—, diapositivas.

Siempre lleva consigo algunos ejemplares de esas múltiples formas de esplendor, recogidas en las sabanas de África, en las viejas ciudades de Europa o en las cordilleras y selvas de América Latina. Luces, destellos, exiguas lumbres, presas en un marco de plástico, con las que va alimentando el alma los días de sombra. Preguntó si en la casa había un proyector. Mi amigo le dijo que sí y fue a buscar la máquina. Minutos después estábamos en Cachoeira, una pequeña ciudad del Reconcavo Bahiano:

—¡Cachoeira! Llegué en un viejo autobús. Caminé un poco, con la mochila a la espalda, en busca de una posada y di con esta plazoleta desierta. Atardecía. Una tormenta tropical se estaba formando a oriente. El sol corría a ras de suelo, de color cobre, hasta que chocó en sentido opuesto con aquella inmensa pared de nubes negras, más allá de los viejos caserones coloniales. Es un escenario dramático, ¿no le parece? —Suspiró. Tenía la piel iluminada y sus bonitos ojos llenos de lágrimas—. ¡Y entonces vi la cara de Dios!

La filosofía de un geco

Hace semanas que estoy estudiando a José Buchmann. Observo cómo cambia. No es el mismo hombre que entró en esta casa hace seis, siete meses. Algo, de la misma naturaleza poderosa que la metamorfosis, está operando en su parte más íntima. Quizá sea, como en las crisálidas, el secreto alboroto de las encimas disolviendo órganos. Se podría argumentar que todos estamos en constante mutación. Sí, tampoco yo soy el mismo de ayer. Lo único que no cambia en mí es mi pasado: la memoria de mi pasado humano. El pasado suele ser estable, siempre está ahí, bello o terrible, y ahí se quedará para siempre.

(Yo creía en eso antes de conocer a Félix Ventura.)

Al hacernos viejos apenas nos queda el convencimiento de que en breve seremos aún más viejos. Decir de alguien que es joven no me parece una expresión correcta. Alguien está joven, eso sí, de la misma manera que un vaso se mantiene intacto momentos antes de hacerse pedazos en el suelo. Pero perdónenme la divagación, es lo que ocurre cuando un geco se pone a filosofar. Volvamos, pues, a José Buchmann. No estoy sugiriendo que dentro de unos días irrumpa de su interior, sacudiendo grandes alas multicolores, una inmensa mariposa. Me refiero a alteraciones más sutiles. En primer lugar está cambiando de acento. Ha perdido, va perdiendo, aquella pronunciación entre eslava y brasileña, medio dulce, medio sibilante, que al principio tanto me desconcertó. Ahora se sirve del ritmo luandense, que coincide con las camisas de seda estampada y los zapatos deportivos que ha pasado a vestir. Lo encuentro más expansivo. Riéndose ya es angoleño. Además, se ha afeitado el bigote. Le hace más joven. Aquella noche apareció en casa, después de casi una semana de ausencia y en cuanto el albino le abrió la puerta, disparó:

—¡He estado en Chibia!

Venía febril. Se sentó en el majestuoso trono de mimbre que el bisabuelo del albino había traído de Brasil. Cruzó las piernas, las descruzó. Pidió un whisky. Mi amigo se lo sirvió, enojado. ¡Santo Dios! ¿Qué había ido a hacer a Chibia?

—Fui a visitar la tumba de mi padre.

¿Cómo? El otro se atragantó. ¿Qué padre, el ficticio Mateus Buchmann?

—¡Mi padre! Puede que Mateus Buchmann sea una ficción suya, urdida con mucha clase, pero la tumba, se lo juro, ésa es absolutamente real.

Abrió un sobre y sacó de allí una docena de fotografías a color que esparció por encima de la cubierta de cristal de la mesita de caoba. En la primera imagen había un cementerio; en la segunda podía leerse la lápida de una de las tumbas: «Mateus Buchmann / 1905-1978». Las otras eran imágenes de la ciudad:

Casas bajas.

Calles rectas, abiertas con holgura hacia un paisaje verde.

Calles rectas, abiertas con holgura hacia la paz inmensa de un cielo sin nubes.

Gallinas picoteando en medio del polvo rojo.

Un anciano (mulato), sentado a la mesa triste de un bar, con la mirada puesta en una botella vacía.

Flores marchitas en un jarrón.

Una enorme jaula, sin pájaros.

Un par de botas, muy gastadas, esperando en el umbral de una casa.

En todas las fotografías había algo crepuscular. Era el fin, o era casi el fin, lo que pasaba es que no se sabía de qué.

—¡Le insistí mucho, le pedí, le advertí que nunca fuese a Chibia!

—Lo sé perfectamente. Por eso fui...

Mi amigo movió la cabeza. No conseguí adivinar si estaba furioso o divertido o ambas cosas. Examinó un rato la fotografía de la tumba. Sonrió desarmado:

—Buen trabajo, y que conste que se lo digo como profesional. ¡Lo felicito!

Ilusiones

Esta madrugada, en el patio, he visto a dos chicos imitando tórtolas. Uno estaba a horcajadas en una tabla, en el muro, una pierna por allí, la otra por aquí. El otro había trepado al aguacate. Cogía los aguacates, los lanzaba en dirección al primero y éste los atrapaba al vuelo, con la habilidad de un malabarista, y los guardaba en una bolsa. Entonces, de repente, el que estaba en el árbol, medio oculto entre el follaje (sólo podía verle los hombros y la cara) ahuecó las manos en la boca y arrulló. El otro se rió, lo imitó, y era como si las aves estuviesen allí mismo, una en el muro, la otra en una de las ramas más altas del aguacate, exorcizando con el vigor de su canto las sombras postreras. Este episodio hizo que me acordara de José Buchmann. Lo había visto llegar a esta casa con un extraordinario bigote de caballero del siglo XIX y un traje oscuro, de corte anticuado, como si fuese extranjero a todo. Lo veo ahora, día sí, día no, entrar por la puerta con camisas de seda de modelos coloridos, con la sonora carcajada y la alegre insolencia de los naturales del país. Si no hubiese visto a aquellos dos chicos, si apenas los hubiese escuchado, habría creído que había tórtolas en la madrugada húmeda. Mirando al pasado, contemplándolo desde aquí, como contemplaría un gran cuadro colocado delante de mí, veo que José Buchmann no es José Buchmann y sí un extranjero que imita a José Buchmann. Sin embargo, si cierro los ojos al pasado, si lo miro ahora, como si nunca lo hubiese visto antes, sería imposible no creer en él: ese hombre ha sido José Buchmann toda su vida.

En mi primera muerte no me morí

Un día, en mi anterior forma humana, decidí matarme. Quería morirme completamente. Tenía la esperanza de que la vida eterna, el paraíso y el infierno, Dios y el Diablo, la reencarnación, todo eso, sólo serían supersticiones urdidas lentamente, a lo largo de siglos y siglos, por el vasto terror de los hombres. Me compré un revólver en una armería, apenas a dos pasos de mi casa, pero donde nunca había entrado antes y cuyo propietario no me conocía. Después me compré una novela policíaca y una botella de ginebra. Fui a un hotel de la playa, me bebí la ginebra con disgusto, a grandes tragos (el alcohol siempre me repugnó), y me tumbé en la cama a leer el libro. Creía que la ginebra, sumada al tedio de un argumento ingenuo, me daría el valor necesario para apoyar el revólver en la nuca y apretar el gatillo. El libro, sin embargo, no era malo y lo leí hasta el final. Cuando llegué a la última página empezó a llover. Era como si lloviese noche. Lo explico mejor: era como si del cielo cayesen gruesos fragmentos de ese océano oscuro y somnoliento en el que navegan las estrellas. Me quedé a la espera de verlas caer, estrellándose después, con gran brillo y clamor, contra los cristales. No cayeron. Apagué la lámpara. Apoyé el revólver en la nuca,
y me dormí.

Sueño n.º 3

Soñé que tomaba el té con Félix Ventura. Tomábamos té, comíamos tostadas y conversábamos. Esto sucedía en un amplio salón, de estilo *art nouveau*, con las paredes cubiertas por austeros espejos adornados con jacarandás. Una claraboya, con una bella vidriera que representaba dos ángeles con las alas desplegadas, dejaba pasar una luz feliz. Había otras mesas alrededor y personas sentadas, pero no tenían cara, o yo no les veía la cara, lo que me daba igual, pues toda su existencia se resumía en un leve murmullo. Podía ver mi imagen reflejada en los espejos: un hombre alto, de rostro alargado, entrado en carnes y, con todo, laso, un tanto pálido, con un desdén mal disimulado hacia el resto de la humanidad. Era yo, sí, hace mucho tiempo, una dudosa gloria de mis treinta años.

—A ese extraño José Buchmann lo inventaste tú y ahora él ha empezado a inventarse a sí mismo. A mí me parece una metamorfosis... Una reencarnación. Mejor dicho: una posesión.

Mi amigo me miró asustado:

—¿Qué quieres decir?

—José Buchmann, ¿es que no te has dado cuenta?, se ha apoderado del cuerpo del extranjero. Se hace más verídico cada día que pasa. El otro, el que había antes, aquel tipo nocturno que entró en nuestra casa hace ocho meses como si viniese, ni siquiera digo de otro país, sino de otra época, ¿dónde está?

—Es un juego. Sé que es un juego. Lo sabemos todos.

Se sirvió té. Escogió dos terrones de azúcar y le dio vueltas al líquido. Se lo bebió con la mirada gacha. Eramos dos caballeros, dos buenos amigos, vestidos de blanco en un café elegante. Bebíamos nuestro té, comíamos tostadas y conversábamos.

—Eso es —asentí—. Vamos a admitir que no es más que un juego. ¿Quién es ese tipo?

Me enjuagué el sudor de la cara. Nunca me he distinguido por el valor. Quizá por eso siempre me atrajera (hablo de mi otra vida) el destino tumultuoso de los héroes y los rufianes. Coleccioné navajas de muelle. Alardeé, con un orgullo del que hoy me avergüenzo, de las hazañas de un abuelo general. Hice amistad con algunos hombres valientes, pero eso, desgraciadamente, no me ayudó. El valor no es contagioso; el miedo, sí. Félix sonrió al comprender que mi terror era mayor y más antiguo que el suyo:

—Ni idea. ¿Y tú?

Cambió de tema. Me contó que había ido, días antes, a la presentación de la nueva novela de un escritor de la diáspora. Era un individuo repugnante, un profesional indigno, que había construido toda su carrera en el exterior, vendiendo a los lectores europeos el horror nacional. La miseria tiene mucho éxito en los países ricos. El presentador, un poeta local, diputado del partido mayoritario, elogió la nueva novela, el estilo, el vigor narrativo, al mismo tiempo que castigaba al autor por

encontrar en él una mirada espuria sobre la reciente historia del país. Una vez abierto el debate, enseguida otro poeta, también diputado y más famoso por su pasado de revolucionario que por su actividad literaria, levantó la mano:

—¿En sus novelas miente a propósito o por ignorancia?

Hubo risas. Un murmullo de aprobación. El escritor dudó tres segundos. Después contraatacó:

—Soy mentiroso por vocación —vociferó—. Miento con alegría. La literatura es el camino que tiene un verdadero mentiroso para que lo acepten socialmente.

A continuación añadió, ya más sobrio, bajando la voz, que la gran diferencia entre las dictaduras y las democracias está en que en el primer sistema sólo existe una verdad, la verdad impuesta por el poder, mientras que en los países libres cada persona tiene el derecho a defender su propia versión de los acontecimientos. La verdad, dijo, es una superstición. A él, Félix, le impresionó esta idea.

—Creo que lo que hago es una forma avanzada de literatura —me confesó—. Yo también creo argumentos, invento personajes, pero en vez de dejarlos encerrados dentro de un libro les doy vida, los lanzo a la realidad.

Simpatizo con las pasiones imposibles. Soy, o he sido, un especialista en eso. Me conmueve el lento cerco de Félix Ventura a Ângela Lúcia. Todas las mañanas le envía flores. Ella se quejó de eso, riendo, en cuanto mi amigo le abrió la puerta. Que sí, que eran maravillosas, que las rosas de porcelana, con aquel fulgor exagerado y artificial, de travestis, o mejor dicho, de *drag queens*, le parecían preciosas; que las orquídeas eran muy bonitas, aunque ella prefiriese las margaritas, de una belleza rural y sin vanidad. Que sí, que le agradecía las flores, pero que por favor no le enviase más porque ya no sabía qué hacer con ellas. El aire de su habitación, en el Gran Hotel Universo, pesaba, aturdía, con la suma de tantos perfumes discordantes. El albino suspiró; si pudiese desenrollaría a su paso una alfombra de pétalos de rosas. Le gustaría dirigir una orquesta de pájaros mientras en el cielo se fuese abriendo, uno a uno, los colores del arco iris. Las declaraciones de amor, incluso las más ridículas, conmueven a las mujeres. Ângela Lúcia se conmovió. Lo besó en la mejilla. Después le enseñó las fotografías que había hecho en las últimas semanas: nubes.

—¿A que parecen salidas de un sueño?

Félix se estremeció:

—Tengo sueños —dijo—. A veces tengo sueños un poco extraños. Esta noche he soñado con él...

Y me señaló. Me sentí desfallecer. Corrí rápidamente, asustado, a esconderme en una rendija, junto al techo. Ângela Lúcia gritó, con uno de aquellos arrebatos infantiles que la caracterizan:

—¡Un geco! ¡Qué maravilla!

—No es un geco cualquiera. Vive aquí, en casa, desde hace muchos años. En el sueño tenía forma de hombre, un tipo gordo, cuya cara, además, no me resultaba extraña. Estábamos en un café y conversábamos...

—Dios nos ha dado los sueños para que podamos ver desde el otro lado —dijo Ângela Lúcia—. Para hablar con nuestros antepasados. Para hablar con Dios. Ocasionalmente, con geocos.

—¡Tú no crees en eso!

—Sí que creo. Creo en cosas muy extravagantes, querido. Si supieses las cosas que creo me mirarías como si fuese, yo sola, un gran circo de monstruos. ¿De qué hablasteis el geco y tú?

Carillones de viento

Fuera, en el porche, suspendidos del techo, hay decenas de carillones de viento, de cerámica. Félix Ventura los trajo de sus viajes. La mayoría son brasileños. Aves pintadas de vivos colores. Conchas. Mariposas. Peces tropicales. Lampião y su alegre tropa de forajidos. La brisa produce, al agitarlos, un límpido rumor de agua, y eso hace que me acuerde, siempre que la brisa sopla, y a estas horas, gracias a Dios, sopla siempre, de la secreta naturaleza de esta casa:

Un barco (lleno de voces) remontando un río.

Ayer ocurrió algo extraño. Félix invitó a cenar a Ângela Lúcia y a José Buchmann. Me escondí en lo alto de una de las estanterías, desde donde podía verlo todo, tranquilamente, con la certeza de no ser visto. José Buchmann llegó primero. Entró riéndose a carcajadas, él y su camisa (palmeras estampadas, papagayos, un mar muy azul), y como un vendaval atravesó la sala, recorrió el pasillo y fue hasta la cocina. En el armario de las bebidas escogió una botella de whisky. Después abrió el frigorífico, sacó dos cubitos, los puso en un vaso ancho, se sirvió generosamente la bebida y regresó a la sala, todo esto mientras contaba, a gritos, riendo siempre, cómo aquella mañana casi muere atropellado. Ângela Lúcia llegó con un vestido verde, sigilosamente, trayendo de la mano la última luz. Se quedó parada delante de José Buchmann:

—¿Ya os conocíais?

—¡No, no! —Ângela negó con una voz sin color—. Creo que no...

José Buchmann todavía estaba menos seguro:

—¡Desconozco a mucha gente! —dijo y se rió de su propio humor—. Nunca he sido muy popular.

Ângela Lúcia no se rió. José Buchmann la miró ansioso. Su voz volvió a adoptar aquella dulzura sibilante de los primeros días. Contó que, desde hacía unos días, estaba fotografiando a un loco, uno de esos innumerables desgraciados que deambulan sin rumbo por las calles de la ciudad, porque le fascinaba el singular aplomo de aquel hombre. Aquella mañana, muy temprano, estaba él, José Buchmann, tumbado de bruces en medio del asfalto para conseguir una buena imagen del anciano emergiendo de la boca de una alcantarilla de la que, aparentemente, había hecho su morada, cuando de repente vio que un coche se dirigía en su dirección. Rodó hasta la acera, agarrado a la Canon, justo a tiempo de evitar una muerte horrorosa. Al revelar el carrete se dio cuenta de que, con el desorden de la fuga, la cámara se había disparado tres veces. Dos de las imágenes no podían aprovecharse. Fango. Un pedazo de cielo. En la última, sin embargo, se distinguía claramente el furtivo metal del automóvil y la cara, indiferente, del pasajero sentado atrás. Enseñó las fotografías. Félix silbó:

—¡Caramba! Es el presidente...

Ângela Lúcia se interesó más por el pedazo de cielo:

—La nube, ¿os habéis fijado? Parece un lagarto...

José Buchmann asintió. Se parecía a un lagarto o a un cocodrilo, pero, en fin, cada uno ve lo que quiere ver en el fugaz dibujo de una nube. Cuando Félix reapareció, procedente de la cocina, sosteniendo una ancha y honda cazuela de barro, ya ambos se habían recompuesto. Buchmann exigió el picante y el limón. Elogió la consistencia del *fungi*^[5]. Poco a poco recuperó las carcajadas estrepitosas y el acento de Luanda. Ângela Lúcia fijó en él sus tiernos ojos de agua:

—Félix me ha dicho que ha vivido mucho tiempo en el extranjero. ¿En qué países?

José Buchmann vaciló un instante. Se volvió hacia mi amigo, con desasosiego, pidiéndole ayuda. Félix fingió no entenderlo:

—Sí, sí. Nunca me ha contado dónde ha estado todos estos años...

Sonreía dulcemente. Era como si experimentase por primera vez el placer de la crueldad. José Buchmann suspiró hondo. Se recostó en la silla:

—He atravesado los últimos diez años sin residencia fija, a la deriva por el mundo, fotografiando guerras. Antes de eso viví en Río de Janeiro, aún antes en Berlín, y mucho antes en Lisboa. Fui a Portugal en los años sesenta a estudiar derecho, pero no me gustó el clima. Había mucho silencio. Fado, Fátima y fútbol. En invierno, que podía llegar en cualquier época del año, y normalmente llegaba, bajaba del cielo una lluvia de algas muertas. Las calles se oscurecían. La gente se moría de tristeza. Hasta los perros se ahorcaban. Hui. Primero fui a París y de allí, con un amigo, a Berlín. Fregué platos en un restaurante griego. Trabajé como recepcionista en un burdel de lujo. Di clases de portugués a alemanes. Canté en bares. Posé como modelo para jóvenes estudiantes de pintura. Un día un amigo me regaló una Canon F-1, que aún hoy uso, y así me hice fotógrafo. Estuve en Afganistán en 1982, junto a las tropas soviéticas... en El Salvador, con la guerrilla... en Perú, en ambos bandos... en las Malvinas, también en los dos bandos... en Irán, durante la guerra contra Irak... en México, con los zapatistas... He fotografiado mucho en Israel y en Palestina. Mucho. Allí el trabajo no falta.

Ângela Lúcia sonrió, otra vez nerviosa:

—¡Basta! No quiero que sus memorias manchen de sangre esta casa.

Félix volvió a la cocina a preparar el postre. Los dos invitados permanecieron uno frente al otro. Ninguno habló. El silencio entre ellos estaba lleno de murmullos, de sombras, de cosas que corrían a lo lejos, en una época distante, oscuras y furtivas. O quizá no. Probablemente sólo se quedarán callados, uno frente al otro, porque no encontraron nada de que hablar y yo me he imaginado el resto.

Sueño n.º 4

Me vi caminando por una pasarela de traviesas de madera. La pasarela serpenteaba, suspendida a un metro de la arena, perdiéndose a lo lejos entre alguna duna más alta, resurgiendo más adelante, a veces casi cubierta por la vegetación de gramíneas y arbustos, otras completamente expuesta. El mar, a mi derecha, era liso y luminoso, de un azul turquesa, como sólo existe en los folletos turísticos o en los sueños felices, y de él ascendía un cálido aroma de algas y sal. Un hombre avanzaba a mi encuentro. Me di cuenta enseguida, incluso antes de distinguir sus facciones, de que era mi amigo Félix Ventura. Se notaba que el sol le molestaba. Llevaba unas gafas oscuras, impenetrables, pantalones de lino crudo y una camisa desabrochada, también de lino, que ondulaba al viento como una bandera. Le cubría la cabeza un bonito sombrero panamá, pero ni éste, con todo su elegante esplendor, parecía suficiente para protegerlo del duro tormento del sol.

—Soy un hombre sin color —me dijo— y, como sabes, la naturaleza tiene horror al vacío.

Nos sentamos en un banco, amplio y cómodo, levantado sobre la pasarela. El mar se desperezaba, sereno, a nuestros pies. Félix Ventura se quitó el sombrero y abanicó con él su ancha cara. La piel le brillaba, rosa, cubierta de sudor. Me apiadé de él:

—En los países fríos las personas de piel clara no sufren tanto con la inclemencia del sol. Quizá deberías emigrar a Suiza. ¿Has estado alguna vez en Ginebra? A mí me gustaría vivir en Ginebra.

—¡Mi problema no es el sol! —replicó—. Mi problema es la ausencia de melanina. —Se rió—. ¿Es que no te has dado cuenta de que todo lo inanimado se decolora con el sol, pero lo que está vivo gana color?

A él le faltaba alma, ¿le faltaba vida? Negué con vehemencia. Nunca había conocido a nadie tan vivo. Incluso me parecía que en él había no una sola vida, sino vidas de más. En él y a su alrededor. Félix me miró con atención:

—Perdona la pregunta, pero ¿puedo saber cómo te llamas?

—No tengo nombre —respondí, estaba siendo sincero—. Soy el geco.

—Eso es ridículo. ¡Nadie es un geco!

—Tienes razón. Nadie es un geco. Y tú, ¿te llamas de hecho Félix Ventura?

Mi pregunta pareció ofenderlo. Se reclinó en el banco y sumergió la mirada en el hondo asombro del cielo. Temí que fuese a saltar dentro de él. Yo no conocía aquel lugar. No conseguía acordarme de si alguna vez, en mi otra vida, había estado allí. Cactus enormes, algunos de varios metros de altura, se erguían entre las dunas, por detrás de nosotros, también deslumbrados por el límpido fulgor del mar. Una bandada de flamencos se deslizó como un tranquilo incendio por el cielo azul, hasta sobre nuestras cabezas, y sólo entonces me convencí de que aquello era realmente un sueño. Félix se volvió lentamente, los ojos humedecidos:

—¿Es esto la locura?

No supe qué responderle.

Yo, Eulálio

La noche siguiente Félix repitió la pregunta a Ângela Lúcia. Antes, claro, le contó que había vuelto a soñar conmigo. He visto a Ângela Lúcia decir cosas graves mientras se ríe o, al contrario, componer un aire muy serio al mismo tiempo que se burla de su interlocutor. No siempre consigo saber lo que piensa. En aquel caso se rió ante la mirada afligida de mi amigo, aumentando enormemente su desasosiego, pero enseguida se puso muy seria y preguntó:

—¿Cómo se llama? Al final, ¿el tío te ha dicho quién es?

¡Nadie es un nombre!, pensé con fuerza.

—¡Nadie es un nombre! —respondió Félix.

La respuesta cogió a Ângela por sorpresa. A Félix también. Lo vi mirar a la mujer como hacia un abismo.

Ella esbozó una ligera sonrisa. Apoyó la mano derecha en el brazo izquierdo del albino. Le susurró algo al oído y éste se relajó.

—No —confirmó con una exhalación—. No sé quién es, pero si soy yo quien lo sueña, puedo ponerle el nombre que quiera, ¿no te parece? Voy a llamarlo Eulálio, porque es elocuente.

¡Eulálio! Me ha parecido bien. Así pues, seré Eulálio.

La lluvia sobre la infancia

Llueve. Gruesas gotas de agua, empujadas por el fuerte viento, se lanzan contra los cristales. Félix, sentado frente a la tormenta, saborea a cucharadas lentas una papilla de frutas. Las últimas noches ésta ha sido su cena. Él mismo prepara una papaya machacándola con un tenedor. Añade después dos maracuyás, un plátano, pasas, piñones, una cucharada sopera de *muesli*, de una marca inglesa, y un hilo de miel.

—¿Te he hablado de las langostas?

Me habló.

—Siempre que llueve así me acuerdo de las langostas. No aquí, no en Luanda, aquí nunca he visto nada parecido. Mi padre, el viejo Fausto Bendito, heredó, de su abuela materna, una hacienda en Gabela. Íbamos allí a pasar las vacaciones. Para mí era como visitar el paraíso. Jugaba el día entero con los hijos de los trabajadores, más algún que otro niño blanco, de allí mismo, niños que sabían hablar quimbundo. Jugábamos a indios y a vaqueros con arpones y lanzas que nosotros mismos fabricábamos, e incluso escopetas de aire comprimido, yo tenía una, otro niño tenía otra, que cargábamos con manzanas de la India. La manzana de la India, no debes de conocerla, es una baya pequeñita, roja, más o menos del tamaño de un perdigón. Nos servían bien como balas porque al dar en el blanco se deshacían, ¡plaf!, tiñendo la ropa de la víctima como si fuese sangre. Cuando veo llover así me acuerdo de Gabela. De los mangos que bordeaban la carretera, justo a la salida de Quilaba. De las tortillas, nunca he comido otras así, que servían en el desayuno en el Hotel da Quilaba. Mi infancia está llena de buenos sabores. Mi infancia huele bien. Me acuerdo perfectamente de las langostas. Me acuerdo de las tardes en que llovían langostas. El horizonte se oscurecía. Las langostas caían aturcidas en la hierba, primero una aquí, después otra allí, e inmediatamente los pájaros las devoraban. La oscuridad avanzaba, lo cubría todo, y al instante siguiente se transformaba en algo ansioso y múltiple, en un zumbido furioso, en un alboroto, y nosotros corríamos a casa a buscar cobijo mientras los árboles perdían las hojas y la hierba desaparecía, en pocos minutos, devorada por aquella especie de incendio vivo. Al día siguiente todo lo que era verde había desaparecido. Fausto Bendito contaba que había visto desaparecer así, devorada por las langostas, una camioneta verde. Debe de ser una exageración.

Me gusta escucharlo. Félix habla de su infancia como si realmente la hubiese vivido. Cierra los ojos. Sonríe:

—Cierro los ojos y vuelvo a ver las langostas caer del cielo. Los *quissondes*, esas hormigas guerreras, ¿sabes?, los *quissondes* caían con la noche, desde alguna puerta de la noche con acceso al infierno, y se multiplicaban a miles, a millones, a medida que los matábamos. Me acuerdo de despertar tosiendo, tosiendo mucho, tosiendo

sofocado, con los ojos ardiendo, en mitad de la batalla. Fausto Bendito, mi padre, en pijama, con su pelo crespo y entrecano todo desgredado, descalzo, pero con los pies metidos en una jofaina de agua para combatir aquel mar de hormigas con una bomba de DDT. Fausto Bendito gritando instrucciones a los criados entre la humareda. Yo me reía con el asombro de un niño. Me dormía, soñaba con los *quissondes*, y cuando despertaba seguían allí, en medio del humo, aquel humo acre, millones de pequeñas máquinas trituradoras con su furia ciega y un hambre ancestral. Me dormía, soñaba, y entraban dentro de mis sueños y las veía trepando por las paredes, atacando a las gallinas en el gallinero y a las palomas en el palomar. Los perros se mordían las patas. Giraban dando vueltas encolerizados, giraban aullando, intentaban, a dentelladas, arrancarse los *quissondes* que se les enganchaban en los dedos, giraban, aullaban, se mordían su propia carne. Se arrancaban los *quissondes* junto con los dedos. El patio se llenaba de sangre. El olor a sangre enloquecía aún más a los perros. Enloquecía a los *quissondes*. La vieja Esperança, que en aquella época todavía no era así de anciana, gritaba, imploraba, «Haga algo, ¡señor!, los bichos están sufriendo», y recuerdo a mi padre armando la escopeta mientras ella me arrastraba a la habitación para que no presenciase la escena. Me abrazaba a Esperança, hundía la cara en sus senos, pero no servía de mucho. Ahora mismo cierro los ojos y lo veo. Lo oigo todo, ¿te lo crees? Aún hoy lloro la muerte de mis perros. No debería decir eso, no sé si me comprenderás, pero lloro más por mis perros que por mi pobre padre. Nos despertábamos, nos sacudíamos el pelo, sacudíamos las sábanas y los *quissondes* caían muertos, o casi muertos, aunque todavía mordiendo sin ton ni son, masticando el aire con sus gruesas pinzas de hierro. Por suerte llovía. La lluvia avanzaba a través del cielo iluminado y nosotros corríamos dando saltos ante aquella agua gruesa, muy limpia, sorbiendo el perfume a tierra mojada. Con las primeras lluvias llegaban también las termitas. Daban vueltas toda la noche alrededor de las bombillas como una bruma, con un zumbido dulce, hasta que perdían las alas, y por la mañana las aceras despertaban cubiertas por una leve alfombra transparente. Las termitas y las mariposas siempre me han parecido seres sin maldad. Antiguamente todos los cuentos para niños acababan con la misma frase, «y fueron felices para siempre jamás», después de que el príncipe se casara con la princesa y de que tuvieran muchos hijos. En la vida, está claro, ninguna historia termina así. Las princesas se casan con los guardaespaldas, se casan con trapevistas, la vida sigue, y los dos son infelices hasta que se separan. Años más tarde, como todos nosotros, mueren. Sólo somos felices, verdaderamente felices, cuando es para siempre, pero sólo los niños habitan ese tiempo en el que todas las cosas duran para siempre. Yo fui feliz para siempre jamás en mi infancia, allí, en Gabela, durante las vacaciones de verano, mientras intentaba construir una cabaña en las ramas de una acacia. Fui feliz para siempre jamás a la orilla de un riachuelo, una corriente de agua tan humilde que se ahorrraba el lujo de tener nombre, aunque era lo suficientemente orgulloso para que nos pareciese más que un simple riachuelo, era el Río. Discurría entre bancales de

maíz y mandioca, e íbamos allí a pescar renacuajos, a pasear improvisados barcos de vapor y también, al atardecer, a espiar a las lavanderas dándose un baño. Fui feliz con mi perro, *Cabiri*, los dos fuimos felices para siempre jamás persiguiendo tórtolas y conejos en las largas tardes, jugando al escondite entre la hierba alta. Fui feliz en la cubierta del *Príncipe Perfecto*, un viaje eterno entre Luanda y Lisboa, lanzando al mar botellas con mensajes ingenuos. «A quien encuentre esta botella le agradezco que me escriba». Nunca me escribió nadie. En las clases de catequesis un viejo cura de voz sumisa y mirada cansada intentó, sin convicción, explicarme en qué consistía la eternidad. Yo creía que era otro nombre para las vacaciones de verano. El cura hablaba de ángeles y yo veía gallinas. Es más, hasta hoy, las gallinas son, de lo que conozco, lo más emparentado con los ángeles. Nos hablaba de la bienaventuranza y yo veía a las gallinas picoteando al sol, excavando nidos en la arena, revirando sus pequeños ojos de vidrio en un puro éxtasis místico. No logro imaginarme el paraíso sin gallinas. Ni siquiera logro imaginarme al buen Dios, tumbado perezosamente en una blanda cama de nubes, sin que lo rodee una mansa legión de gallinas. Además, nunca he conocido una gallina mala, ¿tú sí? Las gallinas, como las termitas, como las mariposas, son inmunes al mal.

La lluvia redobla su intensidad. Es raro que llueva así en Luanda. Félix Ventura se enjuga la cara con un pañuelo. Todavía usa pañuelos de algodón, enormes, los clásicos modelos con el nombre bordado en una esquina. Envidio su infancia. Puede que sea falsa. Aun así la envidio.

Entre la vida y los libros

De niño, mucho antes de aprender a leer, me pasaba horas en la biblioteca de nuestra casa, sentado en el suelo, hojeando gordas enciclopedias ilustradas mientras mi padre componía arduos versos que después, muy sensatamente, destruía. Más tarde, ya en el colegio, me refugiaba en la biblioteca para huir de los juegos, siempre brutales, con los que los chicos de mi edad se entretenían. Fui un niño tímido, canijo, un blanco fácil de las bromas de los otros. Crecí —crecí incluso un poco más de lo común—, gané cuerpo, pero seguí retraído, contrario a las aventuras. Trabajé durante unos años como bibliotecario y creo que en aquella época fui feliz. Después de eso he sido feliz, incluso ahora, en este pequeño cuerpo al que he sido condenado, mientras acompaño, en una u otra novela mediocre, la felicidad ajena. En la gran literatura son raros los amores felices. Sí, todavía ahora sigo leyendo. Recorro los lomos al atardecer. Me entretengo, por la noche, con los libros que Félix deja abiertos, olvidados, en la mesilla de noche. Echo de menos, no sé bien por qué, *Las mil y una noches* en la versión inglesa de Richard Burton. Debía de tener ocho o nueve años cuando la leí por primera vez, a escondidas de mi padre, porque en aquella época era todavía una obra obscena. No puedo regresar a *Las mil y una noches*, pero en contrapartida estoy descubriendo nuevos escritores. Me gusta, por ejemplo, Coetzee, el bóer, por la aspereza y la precisión, la desesperación sin indulgencia. Me sorprendió saber que los suecos galardonaran una obra tan buena.

Me acuerdo de un patio estrecho, de un pozo, de una tortuga durmiendo en el fango. Se oía el bullicio de personas más allá de las rejas. Aún recuerdo las casas, bajas, hundidas en la fina luz (como en la arena) del crepúsculo. Mi madre estaba siempre a mi lado, una mujer frágil y feroz, enseñándome a recelar del mundo y de sus innumerables peligros.

—La realidad es dolorosa e imperfecta —me explicaba—. Ésa es su naturaleza y por eso la distinguimos de los sueños. Cuando algo nos parece muy bonito pensamos que sólo puede ser un sueño y entonces nos pellizcamos para tener la seguridad de que no estamos soñando. Si duele es porque no estamos soñando. La realidad hiere, incluso cuando, por momentos, nos parece un sueño. En los libros está todo lo que existe, muchas veces con colores más auténticos y sin el dolor verídico de todo lo que realmente existe. Entre la vida y los libros, hijo mío, elige los libros.

¡Mi madre! A partir de ahora la llamaré sólo Madre.

Imaginaos a un chico corriendo en moto por una carretera secundaria. El viento le golpea la cara. El chico cierra los ojos y abre los brazos, como en las películas, sintiéndose vivo en plena comunión con el universo. No ve el camión que irrumpe en el cruce. Muere feliz. La felicidad es casi siempre una irresponsabilidad. Somos felices durante los breves instantes en que cerramos los ojos.

Los mundos pequeños

José Buchmann distribuyó las fotografías por encima de la gran mesa de la sala, copias en formato DINA4, papel mate, en blanco y negro. En casi todas aparece el mismo hombre, un anciano alto, espigado, con una cabellera muy blanca que le cae por el pecho, con gruesas trenzas, y se pierde después entre los ásperos hilos de la barba. Tal y como aparece en las fotografías, vestido con una camiseta oscura, harapienta, en la que todavía se distingue, en el pecho, una hoz y un martillo, y sin embargo con la cabeza erguida, los ojos encendidos de cólera, parece un antiguo príncipe caído en desgracia.

—Lo he seguido por todas partes durante las últimas semanas, de la mañana a la noche. ¿Quiere verlo? Le voy a enseñar la ciudad desde la perspectiva de un perro rabioso.

El anciano, de espaldas, avanza por las calles destripadas.

Edificios en ruinas, con las paredes agujereadas por las balas, exponiendo sus flacos huesos. Un cartel, en una de las paredes, anuncia un concierto de Julio Iglesias.

Niños jugando a la pelota rodeados por edificios altos. Son muy flacos, casi diáfanos. Están inmersos, suspendidos en el polvo, como bailarines en un escenario. El anciano los observa sentado en una piedra. Sonríe.

El anciano duerme a la sombra de la carrocera, carcomida por la herrumbre, de un tanque de guerra.

El anciano orina en la estatua del presidente.

El anciano es engullido por el suelo.

El anciano emerge de la alcantarilla, como un Dios insumiso, con la cabellera revuelta iluminada por la suave luz de la mañana.

—He vendido este reportaje a una revista estadounidense. Me voy mañana a Nueva York. Me quedaré por allí una o dos semanas. Quizá más. Y ¿sabe lo que planeo hacer?

Félix Ventura no esperó la respuesta. Movié la cabeza:

—¡Eso es absurdo! Tiene noción de que eso es completamente absurdo, ¿no?

José Buchmann se rió. Una carcajada serena. Quizá estuviera bromeando:

—Hace mucho tiempo, en Berlín, me sorprendió la llamada de un amigo, un compañero de infancia, de allí, de mi querida Chibia. Me dijo que había salido hacía dos días de Lubango, que había ido en moto hasta Luanda y que de Luanda voló a Lisboa, y que de Lisboa embarcó a Alemania, decidido a huir de la guerra. Un primo tenía que estar esperándolo, pero no había nadie y entonces decidió buscar la casa del

primo, salió del aeropuerto y se perdió. Estaba afligido. No hablaba una palabra de inglés, tampoco de alemán, y nunca antes había estado en una gran ciudad. Intenté calmarlo. «¿Desde dónde llamas?», le pregunté. «De una cabina», me respondió. «Encontré tu número de teléfono en mi agenda y decidí llamarte». «Has hecho bien», le dije. «No salgas de ahí. Dime lo que ves a tu alrededor, dime si ves alguna cosa que te parezca extraña, que te llame la atención para que yo me pueda orientar». «¿Alguna cosa extraña? Bueno, al otro lado de la calle hay una máquina con una luz que se enciende y se apaga y va cambiando de color, verde, rojo, verde, con la figura de un hombrecito caminando».

Contó la anécdota imitando la voz de su amigo, con su marcado acento, la angustia del infeliz agarrado al teléfono. Se rió de nuevo, ahora a carcajadas, hasta que se le saltaron las lágrimas de los ojos. Le pidió a Félix un vaso de agua. Se fue calmando mientras bebía:

—Sí, amigo, sé que Nueva York es una ciudad muy grande, pero si fui capaz de encontrar un semáforo en Berlín y enfrente una cabina telefónica con un encadenado... éste es el nombre que se les da a los naturales de Chibia, ¿lo sabía?... Si fui capaz de encontrar una cabina telefónica en Berlín con un encadenado dentro, esperándome, también debería ser capaz de encontrar en Nueva York a una decoradora llamada Eva Miller... mi madre. ¡Por Dios! ¡Mi madre! Estoy seguro de que en quince días daré con ella.

Querido amigo,

Espero que reciba la presente con excelente salud. Sé perfectamente que esto que le escribo ahora no es exactamente una carta, sino un correo electrónico. Ya nadie escribe cartas. Yo, le soy sincero, siento nostalgia del tiempo en que las personas usaban el correo, intercambiaban cartas, cartas auténticas, en papel bueno, al que era posible añadir una gota de perfume o adjuntar flores secas, plumas de colores, un mechón de pelo. Padezco de una nostalgia menuda de aquel tiempo en que el cartero nos traía las cartas a casa y de la alegría, de la angustia también, con que las recibíamos, con que las abríamos, con que las leíamos, y del cuidado con que, al responder, elegíamos las palabras, midiendo su peso, evaluando la luz y el ardor que iba en ellas, sintiendo su fragancia, porque sabíamos que después serían sopesadas, estudiadas, olidas, saboreadas, y que algunas conseguirían, ocasionalmente, escapar a la vorágine del tiempo para ser releídas muchos años después. No soporto la grosera informalidad de los correos electrónicos. Siempre me enfrento con horror, un horror físico, un horror metafísico y moral, con ese *Oi!* que se nos ha impuesto desde Brasil. ¿Cómo es posible tomar en serio a alguien que se nos dirige así? Los viajeros europeos que durante el siglo XIX atravesaron las agrestes regiones de África se referían con frecuencia a los intrincados saludos que intercambiaban los guías nativos cuando, en el

transcurso de sus largas jornadas, se cruzaban, en alguna sombra propicia, con parientes o conocidos. El blanco asistía, impaciente, hasta que, transcurridos muchos y demorados minutos de risas, interjecciones y palmoteos, interrumpía al guía:

—Y entonces, ¿qué le han dicho esos hombres, que han visto a Livingstone?

—Nada, no han dicho nada, señor —explicaba el otro—. Sólo nos hemos saludado.

Yo espero de una carta un tiempo idéntico. Así que hagamos como si esto fuera una carta y el cartero la acabase de depositar en sus manos. Tiene que oler, quizá, al miedo que estos días la gente transpira, respira, en esta inmensa manzana podrida. El cielo está bajo y oscuro. Hago votos, a propósito, por que fluctúen sobre Luanda nubes idénticas, una neblina perpetua, conveniente para su piel sensible, y por que los negocios sigan yéndole viento en popa. Creo que sí, tan carentes de un buen pasado andamos todos nosotros, y en particular aquellos que por esta triste patria nos desgobiernan, gobernándose.

Pienso en la bella Ângela Lúcia (a mí me parece bella) mientras venzo sin mucho aliento el tumulto ansioso de estas calles. Quizá ella tenga razón y lo importante sea dar testimonio no de las tinieblas, como yo he hecho, y sí de la luz. Si está con nuestra amiga dígame que, al menos, ha conseguido sembrar en mi alma alguna duda y que he levantado la vista al cielo en estos últimos días más que en toda mi vida. Levantando la vista no vemos el fango, no vemos los pequeños seres que luchan en el fango. ¿Qué piensa, querido Félix, que es más importante dar testimonio de la belleza o denunciar el horror?

Quizá le aburra mi imprudente filosofía. Me imagino que, si me ha leído hasta aquí, debe de estar ya sintiéndose en la piel de aquellos exploradores europeos a los que me he referido antes:

—Entonces, ¿qué quería ese hombre? ¿Ha encontrado a Livingstone o no?

No la he encontrado. Empecé consultando los listines telefónicos y descubrí seis Miller, que también se llamaban Eva, pero ninguna había estado en Angola. Después decidí poner un anuncio en portugués en cinco periódicos de gran circulación. No obtuve respuesta alguna. Y entonces, sí, encontré su rastro. No sé si conoce la teoría de los mundos pequeños, también llamada de los seis grados de separación. En el año 1967 un sociólogo estadounidense, Stanley Milgram, de la Universidad de Harvard, propuso un curioso reto a trescientas personas, residentes en los estados de Kansas y Nebraska. Se esperaba que estas personas lograsen, recurriendo únicamente a la información de amigos y conocidos obtenida mediante cartas (esto pasó en una época en que aún se enviaban cartas), contactar con dos individuos, en Boston, de los cuales sólo sabían su nombre y su profesión. Sesenta personas aceptaron participar en el proyecto. Tres tuvieron éxito. Al analizar los

resultados, Milgram se dio cuenta de que, como media, sólo había seis contactos entre el remitente y el destinatario. Si la tesis fuera correcta apenas me hallo, en este momento, a una distancia de dos personas de mi madre. Siempre llevo conmigo un recorte de *Vogue*, edición estadounidense, el que usted me entregó, con la reproducción de una acuarela de Eva Miller. El reportaje está firmado por una periodista llamada Maria Duncan. Dejó la revista hace muchos años, pero el jefe de redacción todavía se acuerda de ella. Después de mucho buscar conseguí descubrir un número de teléfono, en Miami, donde Maria residía cuando aún trabajaba en *Vogue*. Me atendió, en ese teléfono, un sobrino suyo. Me dijo que su tía ya no vivía allí. Que había vuelto, tras la muerte del marido, a su ciudad natal, Nueva York. Me dio su dirección. Está, mire qué ironía, a una manzana del hotel donde me alojé. Fui a visitarla ayer. Maria Duncan es una anciana señora de ademanes descarnados, con el pelo violeta y la voz fuerte y segura que parece salida de alguien mucho más joven. Me temo que le pesa la soledad, ese mal de los ancianos tan común en las grandes ciudades. Me recibió con interés y al saber el motivo de mi visita se animó todavía más. Un hijo en busca de su madre conmueve a cualquier corazón femenino. ¿Eva Miller? No, el nombre no le decía nada. Le enseñé el recorte de *Vogue* y ella fue a buscar una caja con fotografías antiguas, revistas, casetes, y nos pusimos los dos a registrar aquello, durante horas, como dos niños en el desván de sus abuelos. Mereció la pena. Encontramos una fotografía suya con mi madre. Más importante que eso, encontramos una carta que Eva le escribió agradeciéndole el envío de la revista. En el sobre hay una dirección de Ciudad del Cabo. Me imagino que Eva vivió en El Cabo antes de instalarse en Nueva York. Me temo, sin embargo, que para encontrarla aquí, o dondequiera que esté ahora, necesite rehacer todo su atormentado recorrido. Vuelo a Johannesburgo mañana, de vuelta a Luanda. De Johannesburgo a Ciudad del Cabo hay sólo un paso. Puede que sea un paso importante en mi vida. Deséeme suerte y acepte el abrazo de un amigo sincero,

JOSÉ BUCHMANN

El escorpión

Duermo, por costumbre, por imposición genética, porque la luminosidad me incomoda, el día entero. A veces, nos obstante, algo me despierta, un ruido, un rayo de sol, y me veo obligado a atravesar la incomodidad del día corriendo por las paredes hasta encontrar una rendija más profunda, algún intersticio húmedo y hondo donde, de nuevo, pueda descansar. No sé por qué me he despertado esta mañana. Creo que soñaba con algo duro (no me acuerdo de las caras, sólo de los sentimientos). Quizá haya soñado con mi padre. Justo cuando abrí los ojos vi al escorpión. Estaba a pocos centímetros de mí. Inmóvil. Encerrado en una coraza de odio como un guerrero medieval en su armadura. Entonces se abalanzó sobre mí. Salté hacia atrás y subí por la pared, como un relámpago, hasta llegar al techo. Oí nítidamente, sigo oyéndolo, el golpe seco del aguijón chocando contra el suelo de madera.

Recuerdo una frase que dijo mi padre una noche en que celebraba —con falsa alegría, quiero creer— la muerte de un enemigo:

—Era malo y lo ignoraba. No sabía lo que era la maldad, o sea, era absolutamente malo.

Fue lo que sentí en el instante exacto en que abrí los ojos y vi al escorpión.

El ministro

Después del episodio con el escorpión ya no logré volver a dormirme, así que pude asistir a la entrada del ministro. Un hombre bajo, gordo, a disgusto dentro de su propio cuerpo. De él podría decirse que había sido rebajado momentos antes y todavía no estaba acostumbrado a su nueva estatura. Vestía un traje oscuro, de rayas blancas, que le sentaba mal y lo atormentaba. Se dejó caer con un suspiro de alivio en el sillón de mimbre, se enjugó con los dedos el denso sudor de la cara y antes de que Félix le ofreciese algo para beber, gritó a la vieja Esperança:

—¡Una cerveza, señora! ¡Bien fría!

Mi amigo frunció el ceño, pero se contuvo. La vieja Esperança trajo la cerveza. El sol, fuera, derretía el asfalto.

—¿Es que no tiene aire acondicionado?

Lo dijo con horror. Se bebió la cerveza a grandes tragos, ávidamente, y pidió otra. Félix le había sugerido que se pusiera cómodo, ¿no quería quitarse la chaqueta? El ministro aceptó. En mangas de camisa parecía aún más gordo, más bajo, como si Dios se hubiese sentado, por descuido, en su cabeza.

—¿Tienes algo contra el aire acondicionado? —se rió—. ¿Ofende tus principios?

Esa súbita camaradería irritó aún más a mi amigo. Tosió, como si ladrase, y fue a buscar la carpeta que había preparado. La abrió encima de la mesita de caoba, despacio, teatralmente, con un ritual que yo ya había presenciado varias veces. Siempre da resultado. El ministro contuvo la respiración, ansioso, mientras mi amigo le declamaba la genealogía:

—Éste es su abuelo paterno, Alexandre Torres dos Santos Correia de Sá e Benevides, descendiente en línea directa de Salvador Correia de Sá e Benevides, ilustre carioca que en 1648 liberó Luanda del dominio holandés...

—¡Salvador Correia! ¿El tipo que dio nombre al instituto?

—El mismo.

—Pensaba que sería portugués, algún político de la metrópoli o un colono cualquiera, entonces ¿por qué cambiaron el nombre del instituto por el de Mutu Ya Kevela?

—Porque querían un héroe angoleño, supongo, en aquella época necesitábamos héroes, como a un clavo ardiendo se agarra el que se está hundiendo. Si quiere todavía puedo buscarle otro abuelo. Puedo conseguirle documentos que prueben que usted descende del mismo Mutu Ya Kevela, de N'Gola Quiluanje e incluso de la misma reina Ginga. ¿Lo prefiere?

—No, no. Me quedo con el brasileño. ¿El tío era rico?

—Muy rico. Era primo de Estácio de Sá, fundador de Río de Janeiro, que tuvo un triste destino, el pobre, los indios tamoios le clavaron una flecha envenenada en plena cara. Pero, en fin, lo que le interesa saber es que durante los años en que permaneció aquí, gobernando nuestra ciudad, Salvador Correia conoció a una señora angoleña,

Estefânia, hija de uno de los dos más prósperos esclavistas de aquella época, Filipe Pereira Torres dos Santos, se enamoró de ella, y de ese amor... un amor ilícito desde ahora mismo se lo aclaro, pues el gobernador era un hombre casado... de ese amor nacieron tres varones. Tengo aquí el árbol genealógico, mire, es una obra de arte.

El ministro estaba asombrado:

—¡Qué maravilla!

Estaba indignado:

—¡Joder! ¿A quién se le ocurrió la estúpida idea de cambiar el nombre del instituto? Un hombre que expulsó a los colonialistas holandeses, un combatiente internacionalista de un país hermano, un afro ascendiente que dio origen a una de las familias más importantes de este país, la mía. No, amigo, esto no quedará así. Hay que restablecer la justicia. Quiero que el instituto vuelva a llamarse Salvador Correia y lucharé por eso con todas mis fuerzas. Voy a mandar hacer una estatua de mi abuelo para colocarla en la entrada del edificio. Una estatua bien grande, de bronce, sobre un pedestal de mármol blanco. ¿El mármol te parece bien? Salvador Correia, a caballo, pisando con desprecio a los colonos holandeses. La espada es importante. Voy a comprar una espada auténtica. ¿Él usaba o no usaba espada? Sí, una espada de verdad, más grande que la de Afonso Henriques. Y tú vas a escribir un texto para la lápida. Algo del tipo; «A Salvador Correia, libertador de Angola, con la gratitud de la patria y de las Panaderías Unión Marimba», así o asá, da igual, pero con respeto, caramba, ¡con respeto! Ve pensando en eso y después me dices algo. Mira, te he traído unas yemas de Aveiro. ¿Te gustan las yemas? Son las mejores yemas de Aveiro, para el caso *made in* Cacuaco, las mejores yemas de toda África y alrededores, es decir, de todo el mundo, mejores incluso que las legítimas. Hechas por mi maestro pastelero, que es de Ílhavo. ¿Conoces Ílhavo? Pues deberías conocerlo, pasáis dos días en Lisboa y creéis que conocéis Portugal, pero Pruébalas, Pruébalas, y enseguida me dices si tengo o no tengo razón. Así que soy descendiente de Salvador Correia, ¡caramba! Y ahora me entero. Muy bien. Mi mujer se va a poner contenta.

Un fruto de los años difíciles

Ângela Lúcia llegó escasos minutos después de que el ministro se despidiese. El calor no parece ejercer en ella el mínimo daño. Entró lavada y compuesta, con sus trenzas esparciendo luz, con un fresco brillo de granada en su piel bronceada. En definitiva, una fiesta:

—¿Molesto?

No había en la pregunta, en la sonrisa que la acompañó, señal alguna de que le molestase molestar. Antes se diría que era un desafío. Mi amigo la besó en la mejilla, con miedo. Un único beso.

—Nunca molestas...

La mujer lo abrazó.

—¡Te quiero tanto!

Más tarde, ya noche cerrada, Félix se desahogó:

—Un día de éstos perderé la cabeza y te besaré en la boca.

Quería cogerla de los brazos y apoyarla contra la pared, como si fuese una de las chicas que de vez en cuando trae aquí, a casa. Sería difícil. La fragilidad de Ângela Lúcia es —juraría— puro ardid. Esa tarde cambió los papeles, convirtiéndose de paloma en serpiente en un abrir y cerrar de ojos:

—Tu abuelo, ése de ahí, el del retrato, se parece mucho a Frederick Douglass.

Félix la miró derrotado:

—¡Ah! ¿Lo has reconocido? ¿Qué quieres? A esto se le llama deformación profesional. Invento argumentos por oficio. Fabulo tanto, a lo largo del día, y con tal entusiasmo, que a veces llego a la noche perdido en el laberinto de mis propias fantasías. Sí, es Frederick Douglass, compré ese retrato en un mercadillo callejero, en Nueva York. Pero quien trajo aquí el sillón donde ahora estás sentada fue, de hecho, uno de mis bisabuelos, mejor dicho, el abuelo de mi padre adoptivo. Excepto el retrato, la historia que te he contado es auténtica. En definitiva, al menos tanto como recuerdo. Sé que a veces tengo recuerdos falsos, todos tenemos, ¿no? Los psicólogos lo han estudiado, pero pienso que ése es verídico.

—Te creo. En cambio, tu amigo, el señor José Buchmann, ése es completamente falso, ¿verdad? Te lo has inventado tú...

Félix negó con vehemencia. Que no, ¡caramba!, que si fuese otra persona la que le dijera eso hasta podría haberse ofendido, ofendido mucho incluso, aunque pensándolo mejor, semejante presunción debería tomarse como un halago, pues sólo la propia realidad sería capaz de inventar una figura tan verosímil como José Buchmann:

—Yo, siempre que oigo hablar de algo realmente imposible, enseguida me lo creo. José Buchmann es imposible, ¿no te parece? Lo creemos los dos, así que debe

de ser auténtico.

A Ângela Lúcia le gustan las paradojas. Se rió. Félix aprovechó para escapar:

—Hablando de historias de familias, ¿sabes que nunca me has hablado de la tuya? No sé casi nada acerca de ti...

Se encogió de hombros. Sería posible resumir toda su biografía, dijo, en apenas cinco líneas. Nació en Luanda. Creció en Luanda. Un día decidió salir del país y viajar. Viajó mucho, siempre haciendo fotografías, y finalmente regresó. Le gustaría seguir viajando y haciendo fotos. Era lo que sabía hacer. En su vida no había nada interesante, excepto las vidas interesantes de dos o tres personas que se encontró por el camino. Félix insistió. ¿Era hija única o, por el contrario, creció rodeada de hermanos? Y sus padres, ¿qué hacían? Ângela hizo ademán de enfadarse. Se levantó. Volvió a sentarse. Fue hija única durante cuatro años. Después vinieron dos hermanas y un hermano. El padre era arquitecto, la madre azafata. El padre no era alcohólico, ni siquiera bebía alcohol, y no, jamás la acosó sexualmente. Los padres se amaban; todos los domingos él le regalaba flores a su mujer; todos los domingos ella retribuía las flores con un poema. Incluso en los años más difíciles —ella nació en el setenta y siete, era fruto de los años difíciles— nunca les faltó de nada. Tuvo una infancia simple y feliz. O sea, su vida no era una novela, mucho menos una novela moderna. No es posible escribir una novela, en los tiempos que corren, ni siquiera un cuento, en el que el personaje principal femenino no haya sido violado por un padre alcohólico. Su único talento de pequeña, siguió diciendo, era dibujar el arco iris. Pasó la infancia dibujando el arco iris. Un día, cuando cumplió doce años, su padre le regaló una cámara de fotos, un aparato rudimentario, de plástico, y dejó de dibujar el arco iris. Pasó a fotografiar el arco iris. Suspiró:

—Hasta hoy.

Félix conoció a Ângela Lúcia en la inauguración de una exposición de pintura. Creo —pero esto es mera suposición— que se enamoró de ella en cuanto intercambiaron las primeras palabras, porque la vida entera lo había preparado para entregarse a la primera mujer que, al verlo, no retrocediese horrorizada. Cuando digo retroceder, entiéndanme, no es para tomárselo literalmente. Al ser presentadas a Félix Ventura, hay mujeres que retroceden realmente, dan un corto paso hacia atrás, a la vez que le extienden la mano. La mayor parte, sin embargo, retrocede con el alma, es decir, le extienden la mano (o le ponen la mejilla), dicen, «Con mucho gusto», y a continuación desvían la mirada y hacen algún comentario insignificante sobre el estado del tiempo. Ângela Lúcia le puso la mejilla, él la besó, ella lo besó, y después dijo:

—Es la primera vez que beso a un albino.

Cuando Félix le explicó a qué se dedicaba —soy genealogista—, que es lo que siempre dice cuando se presenta a extraños, enseguida ella se interesó:

—¿En serio? Es el primer genealogista que conozco.

Salieron juntos de la exposición y continuaron la conversación en la terraza de un

bar, bajo las estrellas, frente a las aguas negras de la bahía. Aquella noche, me contó Félix, sólo habló él. Ângela Lúcia posee un don extraño: es capaz de mantener encendida una conversación sin casi participar en ella. Luego, mi amigo regresó a casa y me dijo:

—He conocido a una mujer extraordinaria. ¡Ah! Querido, no tengo palabras para definirla. ¡Todo en ella es luz!

Me pareció una exageración. Donde hay luz, hay sombras.

Sueño n.º 5

José Buchmann sonreía. Una leve sonrisa burlona. Estábamos en el lujoso vagón de un viejo tren de vapor. Un cuadro, colgado en una de las paredes, iluminaba el aire con una vaga luz de color cobre. Me fijé en un tablero de ajedrez de ébano y marfil que había encima de una pequeña mesa entre él y yo. No recordaba haber movido las piezas, pero la partida iba avanzando. El fotógrafo llevaba clara ventaja.

—Por fin —dijo—, hace varios días que soñaba con esto. Quería verte. Quería saber cómo eras.

—Entonces, ¿crees que esta conversación es real?

—La conversación, por supuesto; las circunstancias son las que carecen de sustancia. Hay verdad, aunque no haya verosimilitud, en todo lo que un hombre sueña. Un guayabo en flor, por ejemplo, perdido en algún lugar entre las páginas de una buena novela, puede alegrar con su perfume ficticio varios salones concretos.

Me vi obligado a asentir. A veces, por ejemplo, sueño que vuelo. Ahora bien, nunca he volado con tanta verdad, incluso con tanta autoridad, como en mis sueños. Volar en avión, cuando yo volaba en avión, no me transmitía un idéntico sentimiento de libertad. He llorado la muerte de mi abuela, en sueños, más y mejor de lo que la he llorado despierto. He llorado, además, lágrimas más auténticas por la muerte de algunos personajes literarios que por la desaparición de muchos amigos y parientes. Lo que allí me parecía menos real era el cuadro en la pared, detrás de José Buchmann, una composición melancólica, no por el tema, pues no era posible adivinar cuál era el tema, lo que quizá sea la mayor virtud del arte moderno, y sí por el brillo de los colores. La tarde entraba (rápida) por las ventanas. Veíamos pasar las playas, los cocoteros cargados de cocos, la larga cabellera despeinada de las casuarinas. Veíamos también el mar, muy al fondo, ardiendo en un inmenso incendio azul añil. El tren aflojó en una subida. Jadeaba, asmático, viejo monstruo mecánico, casi sin aliento. José Buchmann movió la reina, amenazándome el caballo del rey. Le serví un peón en bandeja. Él lo miró distraído:

—La verdad es improbable.

Sonrió como un relámpago:

—La mentira —explicó— está en todas partes. La propia naturaleza miente. ¿Qué es el camuflaje, por ejemplo, sino una mentira? El camaleón se disfraza de hoja para engañar a la mariposa. Le miente diciéndole, «Tranquila, querida mía, ¿es que no ves que solamente soy una hoja muy verde ondulando al viento?», y después le lanza la lengua a una velocidad de seiscientos veinticinco centímetros por segundo, y se la come.

Se comió el peón. Guardé silencio, aturdido por la revelación y por el distante fulgor del mar. Sólo me acordé de una frase ajena:

—Abomino la mentira porque es una inexactitud.

José Buchmann reconoció las palabras. Las consideró un instante, midiendo su

solidez y su mecánica, su eficacia:

—También la verdad suele ser ambigua. Si fuese exacta no sería humana. —Iba animándose a medida que hablaba—. Usted ha citado a Ricardo Reis. Deme permiso para citar a Montaigne: «Nada es verdadero que no pueda parecer falso». Existen decenas de profesiones en las que saber mentir es una virtud. Estoy pensando en los diplomáticos, en los estadistas, en los abogados, en los actores, en los escritores, en los jugadores de ajedrez. Estoy pensando en nuestro común amigo, Félix Ventura, sin el que no nos habríamos conocido. Indícame ahora una profesión, una sola, que no se valga nunca de la mentira y en la que un hombre que sólo diga la verdad sea efectivamente apreciado.

Me sentí acorralado. Él movió uno de los alfiles. Respondí moviendo un caballo. Aquí, hace días, vi en la televisión un jugador de baloncesto, un tipo ingenuo, quejándose de los periodistas:

—A veces escriben lo que dije y no lo que yo quería decir.

Se lo conté y se rió con ganas. Ya me parecía menos antipático. Un tren pitó largamente. Un aullido atónito que discurrió sin prisa, como una cinta roja sobre la clara orla del mar. Un grupo de pescadores, en la playa, saludó al tren. José Buchmann respondió al saludo con un gran gesto. Minutos antes, durante una breve parada, se había asomado por la ventana para comprar mangos. Lo oí discutir con las vendedoras ambulantes en un idioma hermético, cantado, que parecía compuesto sólo por vocales. Me dijo que hablaba inglés, con sus diferentes acentos; hablaba también diversos dialectos alemanes, francés (de París) e italiano. Me aseguró que era capaz de discurrir con idéntica desenvoltura en árabe y en rumano.

—Incluso hablo blablá —ironizó—, el lenguaje secreto de los camellos. Hablo rebudio, como un jabalí nato. Hablo zonzún, cricrí, y mira, créetelo, hasta pío pío. En un jardín desierto sería capaz de discutir de filosofía con las magnolias.

Peló uno de los mangos con una navaja suiza, lo cortó en dos pedazos y me ofreció el más grande. Se comió el suyo. Me contó que en una pequeña isla del Pacífico, donde vivió unos meses, la mentira era considerada el pilar más sólido de la sociedad. El ministerio de información, una institución venerada, casi sagrada, se encargaba de crear y propagar noticias falsas. Una vez libres entre la multitud, aquellas noticias falsas crecían, adquirían nuevas formas, temporalmente contradictorias, generando amplios movimientos populares y dinamizando la sociedad. Imaginemos que el paro alcanzara niveles considerados peligrosos. El ministerio de información, o simplemente el ministerio, pondría en circulación noticias según las cuales se habría encontrado petróleo en aguas profundas, aunque dentro de la zona marítima exclusiva del país. La posibilidad de una eminente explosión económica revitalizaría el comercio, los técnicos expatriados regresarían a casa, deseosos de colaborar en la reconstrucción, y en pocos meses nacerían nuevas empresas y nuevos empleos. No siempre, está claro, las cosas pasaban de la manera prevista por los técnicos. En una ocasión, por ejemplo, el ministerio, que, a pesar del

nombre, siempre había sido una estructura independiente del poder político, lanzó sobre un opositor, con la intención de destruir su carrera, la sospecha de que éste mantenía una relación extramatrimonial con una famosa cantante inglesa. El rumor creció y ganó fuerza de tal forma que el opositor se divorció de su esposa, se casó con la cantante (que antes ni siquiera conocía), y con eso alcanzó una enorme popularidad, llegando a ser elegido, años después, presidente del país.

—La imposibilidad de controlar los rumores —concluyó— es la principal virtud de aquel sistema. Eso es lo que confiere al ministerio una naturaleza casi divina. ¡Jaque al rey!

Comprendí que había perdido la partida. Decidí arriesgarme y le serví a la reina.

—Félix Ventura dice que cree en todo lo que parece imposible y que por eso cree en usted...

—¿Eso dice?

—Sí. Yo no creo. Ni en usted ni en Ângela Lúcia. Siempre que dos o más acontecimientos tropiezan entre sí y no sabemos por qué, decimos que ha sido por casualidad, por coincidencia. A eso que llamamos casualidad deberíamos quizá llamarlo ignorancia. ¿No le sorprende el hecho de que dos fotógrafos, un hombre y una mujer, con una larga experiencia de exilio en común regresen al país precisamente al mismo tiempo?

—A mí no, a fin de cuentas yo soy uno de esos fotógrafos, pero me parece natural que a usted le sorprenda. Las coincidencias, amigo mío, producen asombro de la misma forma y con la misma distracción con que los árboles dan sombra. Jaque mate.

Derribé mi rey (el rey blanco) y me desperté.

Personajes reales

El ministro está escribiendo un libro, *La vida verdadera de un combatiente*, un denso volumen de memorias que pretende lanzar antes de Navidad. Para ser más exacto, la mano con la que escribe es alquilada, se llama Félix Ventura. Mi amigo dedica buena parte del día, y hasta de la noche, a ese trabajo. En cuanto concluye cada capítulo se lo lee al futuro autor, discuten este o aquel detalle, toma nota de las observaciones, corrige lo que haya que corregir, y así van avanzando. Félix cose la realidad con la ficción, hábilmente, minuciosamente, para respetar fechas y hechos históricos. El ministro dialoga en el libro con personajes reales (en algunos casos con personajes Reales) y pretende que tales personajes, mañana, crean que intercambiaron con él, realmente, confidencias y puntos de vista. Nuestra memoria se alimenta, en gran medida, de lo que otros recuerdan de nosotros. Tendemos a recordar como nuestros los recuerdos ajenos, incluso los ficticios.

—Es como el castillo de San Jorge, en Lisboa, ¿lo conoces? Tiene almenas, pero las almenas son falsas. António de Oliveira Salazar ordenó que añadieran las almenas al castillo para que fuese más verídico. Un castillo sin almenas le parecía un error, yo qué sé, incluso algo vagamente monstruoso, como un camello sin jorobas. Lo que hoy hay de falso en el castillo de San Jorge es lo que lo hace verosímil. Varios octogenarios lisboetas con los que he conversado están convencidos de que siempre han visto las almenas en el castillo. Tiene gracia, ¿no te parece? Si fuese auténtico nadie creería en él.

En cuanto *La vida verdadera de un combatiente* se publique, la historia de Angola tendrá otra consistencia, será más Historia. El libro servirá de referencia a futuras obras que traten de la lucha por la liberación nacional, de los años controvertidos que siguieron a la independencia, del amplio movimiento de democratización del país. Doy algunos ejemplos:

A principios de los años setenta el ministro era un joven empleado de correos en Luanda. Tocaba la batería en un grupo de *rock*, Los Innombrables. Le interesaban más las mujeres que la política. Ésa es la verdad, o mejor dicho, la verdad prosaica. En el libro, el ministro revela que ya en esa época se dedicaba a la actividad política, luchando en la clandestinidad, muy en la clandestinidad incluso, contra el colonialismo portugués. Animado por la sangre impetuosa de sus antepasados —se refiere varias veces a Salvador Correia de Sá e Benevides—, creó una célula, en correos, de apoyo a los movimientos de liberación. El grupo se especializó en distribuir panfletos dentro de la correspondencia dirigida a los funcionarios coloniales. Tres de sus miembros, entre ellos el ministro, fueron denunciados a la policía política portuguesa y encarcelados el 20 de abril de 1974. La revolución de los

claveles les salvó la vida.

El ministro salió de Angola en 1975, pocas semanas antes de la independencia, y se refugió en Lisboa. Seguía estando más interesado en las mujeres que en la política. Acosado por el hambre publicó un anuncio en un periódico popular: «Maestro Marimba. Cura el mal de ojo, la envidia, las dolencias del alma. Éxito asegurado en el amor y en los negocios». Más que un anuncio fue una premonición. Se enriqueció (magia pura) en pocos meses. Las mujeres acudían a decenas a su consultorio. La mayor parte pretendía recuperar la atención de sus maridos, alejarlos de las amantes, rehacer un matrimonio fallido. Otras apenas querían que alguien las escuchase. Él las escuchaba. Las clientes lo retribuían, explicó el ministro, en la medida de sus posibilidades. Las remediadas le regalaban chaquetas de punto para enfrentarse al frío del invierno, huevos frescos, mermeladas. Las más adineradas le daban cheques grandes en mano, mandaban que le entregaran en casa electrodomésticos, buenos zapatos, ropa de marca. Una rubia guapísima, casada con un famoso jugador de fútbol, se ofreció a sí misma y al final le dejó las llaves del coche con el maletero lleno de botellas de whisky. Tras las primeras elecciones el ministro regresó a Luanda y con el capital acumulado durante tantos años consolando a mujeres mal casadas, construyó una red de panaderías: Panaderías Unión Marimba. Ésta es la verdad que el ministro le contó a Félix. A la historia pasará la verdad que Félix hizo que el ministro contase: en el año 1975, desilusionado con el rumbo de los acontecimientos, y porque se negaba a participar en una guerra fratricida («No era eso lo que habíamos convenido»), el ministro se exilió en Portugal. Inspirado en las enseñanzas de su abuelo paterno, un hombre sabio, profundo conocedor de las hierbas medicinales de Angola, fundó en Lisboa una clínica dedicada a la medicina alternativa africana. Volvió a la patria, en 1990, terminada la guerra civil, con el firme propósito de contribuir a la reconstrucción del país. Quería dar al pueblo el pan nuestro de cada día. Y eso fue lo que hizo.

El regreso del ministro marca también el inicio de su entrada en política. Empezó pagando los favores de algunos individuos de las, así llamadas, estructuras, para acelerar la legalización de sus panaderías, y en poco tiempo ya frecuentaba las casas de los ministros y los generales. Bastaron dos años para que él mismo fuese nombrado secretario de Estado para la transparencia económica y la lucha contra la corrupción. En *La vida verdadera de un combatiente*, el ministro explica cómo, movido únicamente por grandes y graves principios patrióticos, aceptó ese primer reto. Hoy es ministro de panificación y lácteos.

Anticlímax

Hay personas que manifiestan, desde muy pronto, un enorme talento para la desventura. La infelicidad las alcanza como una pedrada, día sí, día no, y la reciben con un suspiro resignado. Hay otras, al contrario, con una extraña propensión a la felicidad. Éstas se sienten atraídas por el azul, aquéllas por la embriaguez de los abismos. Hay personas destinadas a soñar (algunas están muy bien pagadas por ello), hay personas nacidas para trabajar, prácticas y concretas e incansables, y hay personas con aire de río, que van del nacimiento a la desembocadura sin casi nunca abandonar el lecho. El caso de José Buchmann me parece más raro: es propenso al asombro. Le gusta sorprender a los demás. Le gusta que lo sorprendan:

—Un día alguien me dijo: no eres más que un aventurero. Me lo dijo con desdén, como si me escupiera. Y, no obstante, creo que acertó. Busco la aventura, o sea, lo imprevisto, todo lo que me aleje del tedio, como otros buscan el alcohol o el juego. Es un vicio.

Félix Ventura lo mira con una incredulidad malintencionada. Quiere hacerle la pregunta obvia —¿ha encontrado a su madre?—, pero también sabe que ése es el camino de la capitulación. Me contó, la última vez que nos soñamos, el caso de un amigo, el actor Orlando Sérgio, que suele ser confundido en la calle con el personaje que interpreta en una popular serie de televisión. La gente lo abraza, lo felicita o lo reprende, aprobando o cuestionando la actitud del personaje. Pocos lo conocen por su verdadero nombre. Algunos se molestan cuando él, para escapar a los sermones y reprimendas, invoca su condición de actor:

—Mi nombre es Orlando Sérgio. Usted me está confundiendo...

—No bromeé así, amigo, no bromeé así. Oiga mi consejo, tenga un poquito de paciencia, ¿acaso se cree que yo no sé quién es usted?

Félix siente que cae en una trampa idéntica. José Buchmann llegó ayer de Sudáfrica. Vino disfrazado de coronel tapioca, todo vestido de caqui, con bermudas anchas y un chaleco lleno de bolsillos. A medida que hablaba iba sacando de los bolsillos, con la misma desenvoltura con la que en un circo mágico salen conejos de la chistera, diversos objetos:

Un pequeño sapo de bronce.

—Bonito, ¿no le parece? ¿Que no? ¿No le gustan los sapos? Bueno, querido, a mí me gustan. Ya sabe que en algunas culturas el sapo es un símbolo de transformación, de metamorfosis espiritual, que representa el paso a un estadio superior de conciencia. Eso se debe, incluso se puede ver, al complejo proceso de metamorfosis que sufren los sapos, pero también, al menos entre algunas poblaciones indígenas de las Américas, a las propiedades alucinógenas de un veneno que segregan algunas

especies. Éste es un *Bufo alvarius*, un sapo del desierto de Sonora. Lo compré en un anticuario de Ciudad del Cabo. Estaba en el escaparate y entré a comprarlo porque me interesan los sapos. Si no me interesaran los sapos, si no hubiese entrado en aquella tienda no habría encontrado esto:

Una acuarela, algo más grande que una postal.

—Son gacelas en fuga. Mire la hierba en movimiento, las gacelas flotando sobre la hierba, parece un baile. Ahora, fíjese en la firma, aquí en esta esquina, ¿puede leerla? Eva Miller. Y, para finalizar, fíjese en la fecha, 15 de agosto de 1990. Extraordinario, ¿no?

Noté que Félix estaba asustado. Sostuvo la acuarela entre los dedos, con cuidado, como si temiese que la improbabilidad del objeto pudiese comprometer su propia concreción.

—Esto no puede ser. —Movié la cabeza—. No sé lo que pretende. Me parece increíble que pueda haber llegado tan lejos...

—¿A qué viene eso ahora? ¿Cree que la he pintado yo mismo? ¡No, no! Ocurrió exactamente como le he dicho. La encontré a la venta en un anticuario de Ciudad del Cabo, oculta entre decenas de ilustraciones del mismo tipo. Me pasé la tarde buscando otras acuarelas firmadas por ella, pero nada, desgraciadamente no encontré ninguna más. El anticuario había comprado el lote a un inglés que había decidido abandonar el país poco después de la victoria de Nelson Mandela. Le había perdido la pista.

—Entonces, ¿no ha conseguido averiguar nada más de Eva Miller?

José Buchmann no respondió enseguida. De otro bolsillo, del interior del chaleco, sacó:

Un estrecho paquete de fotografías a color.

—Mire. Este edificio se corresponde con la dirección de la carta que Eva Miller envió a Maria Duncan. Está en un barrio habitado por la media burguesía blanca. ¿Ha estado alguna vez en Ciudad del Cabo? Es un sitio extraño. Imagínese un gran *shopping center*, moderno, con palmeras altas decorando los salones. Las palmeras son preciosas. Son de plástico, pero sólo es posible darse cuenta de eso cuando se tocan. Ciudad del Cabo recuerda a una palmera de plástico. Es una ciudad impresionante, se lo digo yo, muy limpia, muy arreglada. Es un logro en el que apetece creer. Éste es el tipo que hoy vive en el apartamento donde vivió mi madre. ¿Se ha fijado en las cicatrices? En los años ochenta vivía en Maputo. Era una figura del partido comunista de Sudáfrica. Una tarde entró en su coche, lo puso en marcha y ¡bum!, un estruendo tremendo, perdió un ojo y las dos piernas. Me pareció simpático.

Es uno de esos tipos que habiendo luchado la vida entera contra el *apartheid* no se ha conseguido adaptar muy bien al país del arco iris. Se queja de que ya nadie defiende ideales, cree que el triunfo del modelo capitalista ha pervertido al pueblo, le irrita la democracia y sus leyes liberales, pero de lo que realmente siente nostalgia es de la juventud que perdió, y del ojo y de las dos piernas. Nunca había oído hablar de Eva Miller. Aunque el propietario, en esta otra foto, un vejete bóer, casi centenario, ése sí, se acuerda perfectamente de mi madre.

Me coloqué exactamente encima de ellos, colgado del techo, cabeza abajo, para poder observarlo todo con detalle. Félix encendió la lámpara para estudiar las fotografías. El retrato del viejo bóer (en blanco y negro, como todas las otras imágenes) era muy bueno. Estaba sentado en un pesado sillón de madera oscura. Una luz oblicua, delicada, le caía sobre la mitad derecha de la cara iluminando el silencio que había en él. En la esquina inferior derecha se distinguía, casi ahogada en la penumbra, la silueta nerviosa de uno de esos perros minúsculos que las señoras burguesas adoran como compañía y que a mí siempre me irritan, pues se asemejan más a ratones amaestrados que a perros.

—¿Le gusta la foto? A mí también. —José Buchmann sonrió—. Los mejores retratos no son los que consiguen resumir una personalidad, son los que resumen una época. Bueno, este tío me recibió con cierta desconfianza, no gastó muchas palabras conmigo, pero en cambio me regaló un final para mi peregrinación. ¿Quiere verlo?

Un recorte del periódico *O Século*, de Johannesburgo.

—¿Está preparado? Creo que a esto se le puede llamar anticlímax. Usted me dirá. ¡Lea!

Félix obedeció:

—Eva Miller ha muerto. Esta tarde ha fallecido en su residencia de Sea Point, Ciudad del Cabo, la artista plástica estadounidense Eva Miller. La señora Miller, que vivió en el sur de Angola y hablaba perfectamente nuestra lengua, era una figura respetada entre la comunidad portuguesa de Sudáfrica. Los últimos años se dividía entre Ciudad del Cabo y Nueva York. Se desconoce aún la causa de su muerte.

Las vidas irrelevantes

La memoria es un paisaje contemplado desde un tren en movimiento. Vemos crecer sobre las acacias la luz de la madrugada, las aves picoteando la mañana como si ésta fuera un fruto. Vemos, más allá, un río sereno y la arboleda que lo abraza. Vemos ganado pastando lento, una pareja que corre de la mano, niños que juegan a fútbol, la pelota brillando al sol (otro sol). Vemos lagos plácidos donde nadan patos, ríos de aguas pesadas donde los elefantes matan la sed. Son cosas que pasan ante nuestros ojos, sabemos que son reales, pero están lejos, no las podemos tocar. Algunas están ya tan lejos y el tren avanza tan veloz que no estamos seguros de que realmente pasen. Quizá las hayamos soñado. Ya me falla la memoria, decimos, y apenas ha sido que el cielo se ha oscurecido. Eso es lo que siento cuando pienso en mi anterior encarnación. Recuerdo hechos sueltos, incoherentes, fragmentos de un vasto sueño. Una mujer en una fiesta, ya al final de la fiesta, con aquella vaga embriaguez de humo, de alcohol, de cansancio metafísico puro, asiéndome del brazo, susurrándome al oído:

—¿Sabes?, mi vida es una novela, no una novela cualquiera, una gran novela...

Creo que eso habrá pasado más de una vez. La mayoría de esas personas, estoy seguro, nunca ha leído una gran novela. Hoy sé, creo que ya lo sabía antes, que todas las vidas son excepcionales. Fernando Pessoa transformó la biografía prosaica de un pequeño funcionario de oficina en un *Libro del desasosiego* que es, quizá, la obra más interesante de la literatura portuguesa. Al escuchar, hace días, a Ângela Lúcia confesar la irrelevancia de su vida, me quedé con ganas de conocerla mejor. Si una mujer me hubiese cogido por el brazo una noche para decirme algo semejante, «¿Sabes?, no hay en mi vida nada notable, existo lo menos posible», quizá me habría enamorado de ella. Al contrario de lo que llegaron a insinuar algunos de mis enemigos, apoyados secretamente por varios de mis amigos, siempre me interesaron las mujeres. Me gustaban las mujeres. Tenía por costumbre salir con una u otra amiga más cercana a dar largos paseos a pie. Las abrazaba al despedirme y el perfume de sus cabellos, el contacto con sus senos duros, me excitaban. Sin embargo, si alguna tomaba la iniciativa de besarme o de proponerme algo más osado que un beso, me acordaba de Dagmar (Aurora, Alba o Lúcia) y me daba pánico. Viví muchos años prisionero de ese terror.

Edmundo Barata dos Reis

José Buchmann apareció esa noche acompañado de un anciano de luengas barbas blancas y una melena entrecana que le caía por los hombros en trenzas salvajes. Reconocí en él, inmediatamente, al mendigo que el fotógrafo había perseguido, semanas seguidas, mostrándolo, en una imagen extraordinaria, emergiendo de una alcantarilla. Un dios antiguo, vengador, de cabellera desordenada y bruscos ojos encendidos.

—Quiero presentarle a mi amigo Edmundo Barata dos Reis, ex agente del ministerio de Seguridad del Estado.

—¡Ex agente! diga mejor ¡ex gente! Ex ciudadano ejemplar. Exponente de los excluidos, excremento existencial, excrecencia exigua y explosiva. En dos palabras: vagabundo profesional. Con mucho gusto...

Félix Ventura le extendió la punta de los dedos. Perplejo, enojado. Edmundo Barata dos Reis estrechó la mano entre las suyas, firme, largamente, mirándolo de reajo (como un pájaro) y aunque atento, socarrón, saboreando la incomodidad del otro. José Buchmann, vestido con una bonita chaqueta de pana color miel y los brazos cruzados en el pecho, parecía igualmente divertido. Sus ojos pequeños y redondos relucían en la penumbra de la sala como cuentas de cristal:

—Pensé que le gustaría conocerlo. La vida de este hombre parece inventada por usted...

—¿Cómo dice?

—Soy Todo Oídos. Así era como me llamaban. Mi nombre de guerra. Me gustaba. Me gustaba escucharlo. Y entonces, ¡zas!, nos cayó encima la morrada de Berlín. ¡Caray, amigo! Un día agente, al otro ex gente.

Félix Ventura se estremeció:

—¿Usted fue alumno del profesor Gaspar?

Edmundo Barata dos Reis sonrió sorprendido:

—¡Oh! Sí, por supuesto. Camarada, ¿usted también?

Los dos hombres se abrazaron con una alegría sincera. Intercambiaron memorias. Barata dos Reis, un par de años mayor que Félix Ventura, asistió a las clases del profesor Gaspar en una época en que en el instituto Salvador Correia los estudiantes negros se contaban con los dedos de una mano. Terminado el instituto trabajó en los servicios de meteorología. Encarcelado en el sesenta y poco, acusado de intentar establecer en Luanda una red terrorista, pasó siete años en el campo de concentración de Tarrafal, en Cabo Verde.

—Un gallinero —resumió—, pero la playa era buena.

Pocas semanas después de la independencia ya lo conocían, amigos y enemigos, y siempre fueron más éstos que aquéllos, como el señor Soy Todo Oídos. Dos años en

La Habana, nueve meses en Berlín (este), otros seis meses en Moscú, y así, templado el acero, regresó a las trincheras firmes del socialismo en África.

—¡Un comunista! ¿Quiere creerlo? Soy el último comunista al sur del ecuador.

Lo que lo perdió fue aquella obstinación. En pocos meses se transformó en un estorbo ideológico. Un tipo incómodo. No le daba vergüenza gritar «¡soy comunista!» en un momento en que sus jefes ya sólo murmuraban, en voz baja, «fui comunista», y siguió vociferando, «¡soy comunista, sí, soy muy marxista leninista!», incluso después de que la versión oficial pasara a negar el pasado socialista del país.

—¡He visto muchas cosas, amigo!

José Buchmann se sentó, con las piernas cruzadas, en el gran sillón de mimbre que el bisabuelo de Félix Ventura había traído de Brasil. Metió la mano derecha en el interior de la chaqueta, sacó una pitillera de plata, la abrió, separó lentamente el tabaco y lió un cigarrillo. Una sonrisa maliciosa le iluminó la cara:

—Cuéntale lo que me contaste a mí, Edmundo, la historia del presidente...

Edmundo Barata dos Reis lo miró con un silencio grave, indignado, empujando hacia atrás con violencia los hilos de su barba. Por unos instantes pensé que fuese a levantarse. Temí verlo salir. José Buchmann se encogió de hombros:

—¡Puedes hablar, caramba! No hay problema. Félix es un tío de confianza. Es de la familia. Además, los dos fuisteis alumnos de ese famoso profesor Gaspar, ¿o no? Eso ya quiere decir algo. Me dijo Félix que es como pertenecer a la misma tribu.

—Han sustituido al presidente por un doble. —Edmundo Barata dos Reis dijo esto a toda prisa y después se calló. Sus ojos recorrieron la sala angustiados. Parecía un gorrión en busca de una ventana abierta, una luz, un pedacito de cielo por donde escapar. Bajó la voz—: Han sustituido al viejo. Han puesto un sosias en su lugar, un espantajo, no sé cómo decirlo, una mierda de réplica.

—¡Hay que joderse! —Félix explotó con una carcajada. Nunca lo había oído decir obscenidades. Tampoco lo había visto nunca reírse así, con tamaña violencia. José Buchmann se asustó. Después lo imitó. Se rieron los dos. Nos reímos los tres. Una carcajada empujaba a la otra. Por fin Félix se calmó—. Entonces tenemos un presidente imaginario —dijo, enjugándose las lágrimas con un pañuelo—. Eso ya lo sospechaba yo. Tenemos un gobierno imaginario. Un sistema judicial imaginario. Tenemos, en resumen, un país imaginario. Pero, cuénteme, ¿quién ha sustituido al presidente?

Edmundo Barata dos Reis se encogió en la silla. Ya no parecía un dios, mucho menos un dios guerrero, se parecía más a un perro humillado. Apestaba. Olía a orín, a hojas y a frutos en descomposición. Se levantó y, en vez de responder al albino, se volvió hacia José Buchmann con el dedo extendido:

—Esa carcajada... Estoy mirando esa carcajada, amigo, y estoy viendo a otra persona, hace mucho, mucho tiempo. En otro tiempo. En tiempo antiguo. ¿No nos conocemos ya?

—No creo. —El fotógrafo se puso tenso—. Yo soy de Chibia. ¿Tú eres de

Chibia?

—¡Pero qué dices, amigo! Soy luandense puro...

—Entonces no puede ser.

—Sí —confirmó Félix Ventura—, Buchmann viene de provincias, del sur profundo. Es rústico.

—¿Rústico yo? Nuestro campo parece un jardín. Son vuestros jardines, aquí en Luanda, los pocos que existen, lo que parece rústico.

—Calma. Abajo el tribalismo. Abajo el regionalismo. Viva el poder popular, ¿no es así como se decía antes? Lo único que yo pretendía es que el camarada Edmundo respondiese a mi pregunta. A fin de cuentas, ¿quién ha sustituido al presidente por un doble?

Edmundo Barata dos Reis suspiró profundamente:

—Los rusos, creo. Quizá los israelíes. La mafia del armamento, el Mosad, yo qué sé, las dos desgracias juntas.

—Puede ser. Tiene sentido. ¿Y cómo es que usted descubrió el golpe?

—Conozco al doble. ¡Lo contraté! Contraté a otros también. El viejo nunca aparecía en público. Eran sus dobles los que aparecían. Aquél, el tercero, siempre ha sido el mejor. El único que podía hablar sin levantar sospechas, los otros guardaban silencio, sólo los utilizábamos en ceremonias de cuerpo presente. El tercero era un caso especial, un talento raro, un verdadero actor, asistí a su formación. Nos llevó cinco meses. Aprendió rápido. Cómo moverse, cómo dirigirse a la gente, el tono de voz, el protocolo, la biografía del viejo, todo eso. Quedó perfecto. O casi, el tío tenía un problema, quiero decir, tiene un problema, es zurdo. Hasta en eso se parece a la imagen del presidente al espejo. Por eso lo reconocí. ¿No se ha dado cuenta de que el presidente ahora es zurdo? No, no se ha dado cuenta. Nadie se ha dado cuenta.

—¿Cuándo lo descubrió?

—Hace poco más de un año.

—¿Todavía trabaja para la seguridad?

—¿Yo? Colega, vivo como un vagabundo hace ya más de siete años. ¿Ve esta camiseta? Se ha hecho piel. Es una camiseta del partido comunista de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Me la puse el día en que me despidieron y nunca más me la he quitado. Juré que no me la quitaría hasta que Rusia no volviese a ser comunista. Ahora, aunque quiera, no logro quitármela. Se ha hecho piel, ¿lo ves? Tengo la hoz y el martillo tatuados en el pecho. Esto ya no sale.

De verdad que no salía. Félix Ventura lo miraba aturdido. José Buchmann sonreía como si dijese: «¿Es o no es un caso?». Edmundo Barata dos Reis adoptó de nuevo la pose de viejo dios guerrero. Sacudió sus fuertes trenzas entrecanas, con violencia, exhalando a su alrededor un terrible hedor.

—¿Sopa? —preguntó—. ¿No tiene sopa?

—¡Está loco! —aseguró Félix después de que Edmundo Barata dos Reis saliera. Lo repitió una y otra vez, con firmeza. No estaba dispuesto a perder más tiempo con ese asunto. Aunque José Buchmann insistió:

—Hay cosas más extrañas.

—Oiga, ese hombre está completamente loco. Ha perdido la chaveta. Usted ha estado mucho tiempo fuera, viajando, no tiene ni idea de lo que hemos pasado en este maldito país. Luanda está llena de personas que parecen muy lúcidas y de repente se desatan hablando lenguas imposibles o llorando sin motivo aparente, o riendo, o echando pestes. Algunas hacen todo eso al mismo tiempo. Unas creen que están muertas. Otras están muertas de verdad y aún nadie ha tenido el valor de informarlas. Unas creen que pueden volar. Otras creen tanto en eso que realmente vuelan. Esta ciudad es una feria de locos, hay por ahí, por esas calles llenas de escombros, por esos arrabales, patologías que ni siquiera están todavía catalogadas. No se tome en serio todo lo que le dicen. Además, ¿acepta un consejo? No se tome a nadie en serio.

—Quizá no esté realmente loco. Quizá esté haciéndose el loco.

—No veo la diferencia. Un individuo que ha elegido vivir en la calle, dentro de una alcantarilla, que cree en la reconversión de Rusia al comunismo y que además de eso quiere ser confundido con un loco, para mí, está loco.

—Quizá sí, quizá no. —José Buchmann parecía desilusionado—. Me gustaría conocerlo mejor.

El amor, un crimen

—Aquí pasamos años difíciles.

Félix suspiró. Hacía un calor sofocante. La humedad se pegaba a las paredes. Él, sin embargo, estaba sentado en el gran sillón de mimbre, muy recto, vestido con un traje azul oscuro, de buen corte, que le realzaba el brillo de la piel. Sudaba dignidad. Enfrente de él, acurrucada en un cojín de seda, con una blusa de flores y unos pantalones cortos, rojos, Ângela Lúcia lo escuchaba sonriendo.

—Hubo un momento en que lo hacía todo solo porque no podía pagar a una criada. Limpiaba la casa, lavaba la ropa, cocinaba, cuidaba las plantas. Tampoco había agua y estaba obligado a ir a buscarla, con una lata en la cabeza, como una vendedora ambulante, a un agujero que alguien hizo en el asfalto, allí, en la curva del cementerio, al final de la calle. Aguanté todos esos años porque tenía a Ventura. Gritaba: «Ventura, ve a lavar los platos», y allá iba Ventura. Gritaba: «Ventura, ve a buscar más agua», y Ventura iba.

—¿Ventura?

—Yo mismo, Ventura. Era mi doble. En algún momento de la vida todos nosotros recurrimos a un doble.

A Ângela Lúcia le hizo gracia la tesis de Edmundo Barata dos Reis. Le entusiasmaba la idea de los dobles. Vieron juntos algunos vídeos en los que aparecía el presidente. Félix Ventura, creo que ya lo he dicho, tiene una colección de muchos centenares de casetes de vídeo. Comprobaron, sorprendidos, que en las grabaciones más antiguas el viejo firmaba los documentos con la mano derecha. En las recientes siempre usaba la izquierda. Ângela Lúcia se fijó también en que en algunas imágenes tenía una pequeña verruga debajo del ojo izquierdo. En otras no.

—Pudo habérsela quitado —objetó Félix—. Hoy la gente se quita las marcas del cuerpo con la misma facilidad con la que se lava una mancha de tinta.

Ângela observó que el presidente con la verruga aparecía en grabaciones anteriores, pero también en grabaciones posteriores al presidente sin verruga.

—¡Sólo puede ser uno de los dobles!

Estuvieron toda la tarde entretenidos con aquel juego. Al cabo de cinco horas, ya era noche cerrada, habían identificado al menos tres dobles: el de la verruga, otro con una ligera calva y un tercero que, juraba Ângela, tenía en los ojos un plácido brillo de mar.

—En materia de brillos no discuto contigo —dijo Félix. Fue entonces cuando se acordó del episodio de Ventura, el doble—. Créetelo. Aquí pasamos años difíciles.

La mujer quiso saber qué hizo para sobrevivir. Félix se encogió de hombros. Vivía mal, murmuró, al principio alquilaba novelas, de Eça, de Camilo, de Jorge Amado, porque poca gente tenía dinero para comprarlas. Más tarde pasó a enviar

paquetes con libros a Lisboa y su padre los vendía a anticuarios de libros o a clientes escogidos. Fausto Bendito Ventura consiguió comprar a precio de saldo excelentes bibliotecas a colonos desesperados durante los tumultuosos meses que precedieron a la independencia. Cambió un anillo de plata por una colección encuadernada de periódicos angoleños del siglo XIX. Una biblioteca médica, en buen estado, compuesta por más de cien volúmenes, le costó una corbata de seda, y por media docena de dólares se quedó con quince cajas llenas de libros de historia. Años más tarde, algunos de los antiguos colonos volvieron a comprarle los libros, despachados en paquetes de diez, por su precio real.

—Acabó siendo un gran negocio.

El calor subía del suelo. Entraba una brisa húmeda por las rendijas de las puertas, en lentas oleadas, cargando el olor salado del mar y su rumor, el asombro de los peces, la débil luz del claro de luna. Ângela Lúcia tenía la piel brillante. La blusa pegada a los senos. Félix no se había quitado la chaqueta. Debía de estar cociéndose por dentro. Yo sólo quería una ranura fresca por la que meterme. Fui hasta la cocina; allí encima, desde la vidriera más alta, se veía, más allá del muro del patio, la algaraz luminosa de los suburbios, después un ancho abismo negro y las estrellas. El abismo negro era el mar. Me quedé un buen rato mirándolo. Me imaginé desapareciendo en el silencio, a ciegas, como antiguamente, con el corazón en un puño, abriendo los brazos al agua, un frío agradable en los pies subiéndome por las piernas hasta llegar a la cintura. Eso me refrescó. Cuando volví a la sala vi que Félix se había quitado la chaqueta y se había sentado en los almohadones, delante de la televisión, abrazado a Ângela. El ventilador del techo lanzaba el aire tibio, a ráfagas indolentes, contra las paredes. Una polvareda de siglos, ácaros, viejas almas de escritores, se desprendían de los viejos libros y bailaban por el aire, como una neblina, como un vago sueño, iluminadas por los destellos de la televisión. Imágenes sin sonido, en blanco y negro, del presidente presidiendo una reunión. El presidente levantando el puño. El presidente, en chándal, jugando a fútbol. El presidente saludando a otros presidentes. Después, a color, imágenes del presidente inaugurando un parque. «Parque de los ex héroes de Chaves», rezaba la placa. Ângela se rió. Félix se rió. El presidente cortó la cinta. Félix se volvió hacia la mujer y la besó en los labios. La vio, no sin sorpresa, cerrar los ojos y aceptar el beso. La oyó gemir. El albino intentó quitarle la blusa. Ella lo impidió.

—No. Eso no. No hagas eso.

Levantó las piernas, con un gesto elegante, y se quitó los pantalones cortos. La blusa, pegada al cuerpo, dejaba adivinar sus senos redondos, llamativos, el vientre plano. Después rodó el cuerpo, colocándose de rodillas sobre Félix. Los hombros, anchos, bellos hombros de nadadora, hacían que su cintura pareciese más estrecha. Mi amigo suspiró:

—Eres tan guapa...

Ângela le cogió la nuca con ambas manos y lo besó. Un beso largo.

A mí, me dejó sin aliento.

Madre era un poco mayor que yo y, evidentemente, a medida que fuimos envejeciendo, uno junto al otro, siempre uno junto al otro, esa diferencia se hizo menor. Creo, además, que ella envejecía más despacio que yo. Llegó un momento en que empezó a pasar, si salíamos juntos, que alguien decía de ella, dirigiéndose a mí: «Su esposa». Quizá, si hubiese vivido más tiempo, acabasen tomándola por mi hija. Creo que esos pequeños equívocos le agradaban. Insistía en tratarme como a un niño. Hasta el día en que, casi centenaria, decidió morir, controló los hilos de mi existencia.

—Niño, no puedes volver tarde a casa.

Y yo, con ochenta y tantos años, vivía aterrorizado por entrar en casa después de medianoche. Cuando salía a pasear con alguna amiga, me sentía en la obligación de llamar por teléfono a casa cada media hora para que Madre no se atormentara. Me esperaba, despierta, vigilante, con el gato en el regazo.

—Niño, no puedes beber alcohol.

Y yo me sentaba a la mesa en los bares y bebía un vaso de leche mientras mis amigos, burlándose amablemente de mí, se emborrachaban con whisky o cerveza. Madre también se esforzó por alejarme de todas las mujeres que sospechaba que pudieran, un día, alejarme de ella. A las francamente feas, pero sobre todo muy obtusas, a ésas, Madre las lanzaba a mis brazos, convencida de que yo las repudiaría. Entonces me regañaba:

—No te hagas el estrecho. Así te vas a quedar soltero.

No os cuento esto con la intención de justificarme. Sería injusto atribuir mi misoginia al celo de Madre o a la severidad de mi pobre padre. He sido quien he sido porque me faltó valor para ser diferente. Veo a Félix Ventura recorrer con los dedos el cuerpo trémulo de su amor, lo veo susurrar palabras cariñosas a su oído, lo veo transportarla en brazos a la habitación (la mujer protesta, mueve los brazos, grita a carcajadas felices) y ponerla en la cama. Lo veo, finalmente, dormirse exhausto y empiezo a comprender cómo he llegado hasta aquí.

Félix duerme, el brazo derecho en el pecho de la mujer, la mano encima de su seno. Ángela tiene los ojos abiertos. Sonríe. Se suelta con cuidado y se levanta. Se pone sólo la blusa de flores. Sus piernas son largas, lisas, increíblemente delgadas por el talón. Atraviesa la habitación sin hacer ruido. Aleja la penumbra con la punta de los dedos, abre la puerta del cuarto de baño, enciende la luz y entra. Se quita la blusa. Se lava la cara, los hombros, los sobacos. Me fijo en que tiene en la espalda una serie de cicatrices redondas, oscuras, que destacan, como ofensas, en el terciopelo dorado de su piel. Me parece ver a través del espejo marcas idénticas en los senos y el vientre. Félix murmura algo. Me parece entender la palabra sabana. Me gustaría conversar

con él. Quizá si me durmiera ahora lo encontraría, con su traje blanco, de lino crudo, su bonito sombrero panamá, debajo de un baobab alto, en algún punto de esa sabana que atraviesa en sueños.

¡Ding dong! ¡Ding dong!

El timbre de la puerta. ¡Ding dong! ¡Ding dong! Un timbrazo urgente. Golpes. ¡Ding dong! ¡Ding dong!

Félix salta de la cama, albo y desnudo como un espectro, alarga la mano hasta la lámpara de la mesilla de noche y enciende la luz. Ângela Lúcia aparece a su lado, asustada, con una toalla enrollada al cuerpo:

—¿Quién es?

—¿Cómo? No sé, mi amor. Alguien está dando golpes en la puerta. ¿Qué hora es?

—Es de noche. Las cuatro y veinte —Ângela lo dice sin mirar el reloj. Después mira su muñeca y lo confirma—. Eso es. Las cuatro y veinte. Nunca me equivoco. ¿Quién puede ser?

—No tengo ni idea.

¡Ding dong! ¡Ding dong! ¡Ding dong! Golpes. Una voz que llama. Félix abre el armario y saca un albornoz blanco. Se lo pone. Ângela se levanta:

—Espera —con la voz ronca, murmurando—. ¡No vayas!

—Sí que voy. Tú quédate aquí.

Lo sigo por el techo, corriendo. Félix atisba por la ventana de la sala. La oscuridad cubre el porche. ¡Ding dong! Se decide a abrir la puerta. Edmundo Barata dos Reis le salta a los brazos, lo empuja, cierra la puerta.

—¡Hostia, camarada! Esos tíos me persiguen. Están ahí mismo. Van a matarme.

—¿Quién quiere matarlo, joder? Explíquese.

—¡Esos tíos!

Está en calzoncillos. Descalzo. La camiseta del partido comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas parece haber recuperado, quizá con el susto, un poco de su color original. O quizá sea sangre de verdad. Edmundo sacude su cabellera entrecana. Los ojos se le salen de las órbitas. Corre de un lado a otro de la sala. Baja las persianas. Félix vigila sus gestos con impaciencia.

—Cálmese. Siéntese y cálmese. Voy a prepararle un té.

Se dirige a la cocina. Edmundo lo sigue. Baja las persianas. Cierra las contraventanas. Sólo entonces se sosiega un poco. Se sienta en un taburete con las manos apoyadas en la mesa mientras Félix pone el agua al fuego.

—Sopa, ¿no hay sopa? Preferiría una sopa.

Ângela Lúcia aparece en la puerta. Lleva una camisa de hombre, azul, muy ancha, que le llega casi hasta las rodillas. Debe de haberla sacado del armario. Calza unas chanclas de Félix, también demasiado grandes. Así vestida parece muy frágil, casi una niña. Edmundo se atraganta:

—Perdona, nena. No quería molestar.

—¿Qué pasa?

Félix se encoge de hombros.

—Van a matar a éste, a Edmundo. Deja que te presente. Éste es el señor Edmundo Barata dos Reis, ex agente de seguridad del Estado. O ex gente, según él mismo. Te he hablado de él.

—¿Quién va a matarlo?

—Van a matarlo y el tipo quiere sopa. Ahí va la sopa...

¡Ding dong! ¡Ding dong! ¡Ding dong!

Edmundo Barata dos Reis esconde la cara entre las rodillas. Félix se estremece.

—Calma. Voy a ver quién es. No salgáis de aquí, voy a resolverlo todo. Ângela, no lo dejes salir.

Vuelve a la sala. Suspira y abre la puerta. En mi vida anterior conocí personas así. Se asustan con el rumor del viento en las hojas. Les horrorizan las cucarachas, por no hablar de los policías, los abogados e incluso de los dentistas. Sin embargo, cuando el dragón aparece en el claro de un bosque, abre la boca y escupe fuego, se enfrentan a él a pie firme. Serenas, frías como ángeles.

—¿Qué quiere?

José Buchmann irrumpe en la sala. Lleva una pistola en la mano derecha. Tiembla. La voz le tiembla aún más:

—¿Dónde está ese cabrón?

—En primer lugar deme esa arma. En mi casa no entran hombres armados.

Lo dijo con firmeza, sin levantar la voz, con la seguridad de que sería obedecido. El otro, sin embargo, lo ignora. Atraviesa el pasillo a pasos rápidos y va directamente a la cocina. Félix lo sigue, protestando. Yo corro. No quiero perderme el drama. Ângela Lúcia está en la puerta, con los brazos abiertos. Ella es la puerta:

—¡De aquí no pasas! —explota—. ¡Hay que ver! ¿De qué infierno sales?

Oigo la voz de Edmundo Barata dos Reis, vociferando, angustiado, y sólo después lo veo. Está apoyado en la pared, de pie, con los brazos caídos. La camiseta brilla, roja, sobre su pecho flaco. El filo de la hoz, el oro del martillo, centellean, un instante. Después se oscurecen.

—¡Eso es, nena, viene del infierno! ¡Del pasado! ¡De donde salen los excomulgados!

José Buchmann está preso entre Ângela, enfrente, y Félix que, por detrás, lo sujeta de los brazos. Tiene la cara pegada a la de la mujer. Grita poseído. Me parece, de repente, un coloso. Las venas del cuello se le hinchan y laten, saltan en la frente:

—Exactamente, ¡salgo del pasado! ¿Y quién soy yo? ¡Diles quién soy yo!

Se suelta, de repente, con un ímpetu feroz, derribando a Ângela. Salta sobre Edmundo, lo agarra por el cuello con la mano izquierda y lo fuerza a arrodillarse a sus pies. Le entierra en el cuello el cañón de la pistola:

—¡Diles quién soy yo!

—Un fantasma, un diablo...

—¿Quién soy yo?

—Un contrarrevolucionario. Un espía. Un agente del imperialismo...

—¿Cómo me llamo?

—Gouveia. Pedro Gouveia. Debería haberte matado en el setenta y siete.

José Buchmann le da patadas. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Lleva puestas unas botas negras, pesadas, que producen un ruido ensordecedor al golpear contra el cuerpo. Edmundo no grita. Ni siquiera intenta esquivar los golpes. Las patadas le alcanzan el estómago, el pecho, la boca. Las botas se vuelven rojas.

—¡Mierda! ¡Mierda!

José Buchmann, o Pedro Gouveia, como quieran, deja la pistola en la mesa. Coge un trapo y se limpia las botas. Sigue gritando, ¡mierda! ¡mierda! como si la sangre del otro le quemase los pies. Después se sienta en un taburete, esconde la cara entre las manos, y cae en un llanto profundo, convulsivo, que le sacude el cuerpo entero. Edmundo Barata dos Reis se arrastra hasta un rincón de la cocina. Se sienta, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas. Sonríe:

—No me he olvidado de ti. Tampoco me he olvidado de ella, de Marta, la joven Marta Martinho, una armada intelectual, poeta, pintora y vete a saber qué más. Estaba embarazada, al final del embarazo, una barriga enorme. Redonda. Redondísima. Es como si la estuviera viendo ahora.

Félix, junto a la puerta que da al pasillo, abrazado a Ângela, observa la escena mudo de asombro. Pedro Gouveia llora. No sé si oye lo que dice Edmundo Barata dos Reis. El ex agente de la seguridad del Estado parece divertirse. Su voz vibra, firme, helada, en el silencio de la noche:

—Sucedió hace mucho tiempo, ¿no es cierto? En la época de los combates. — Señala a Ângela—. Creo que tú ni habrías nacido. La revolución estaba en peligro. Una pandilla de niños, una panda de pequeño-burgueses, irresponsables, intentó tomar el poder a la fuerza. Tuvimos que ser duros. «No perderemos el tiempo con juicios», dijo el Viejo en su discurso a la nación, y no lo perdimos. Hicimos lo que había que hacer. Cuando una manzana se pudre la sacamos del cajón y la tiramos a la basura. Si no la tiramos, las otras se pudren. Se tira una manzana, se tiran dos o tres, y se salvan las restantes. Fue lo que hicimos. Nuestro trabajo era separar las manzanas buenas de las manzanas podridas. Este tipo, Gouveia, creía que por haber nacido en Lisboa conseguiría escapar. Llamó al cónsul de Portugal «Señor cónsul, soy portugués, estoy escondido en tal sitio, venga a salvarme por favor, y de paso a mi mujer, que es negra pero que espera un hijo mío». ¡Ja, ja! ¿Sabe lo que hizo el cónsul portugués? Fue a buscarlos a los dos y a continuación los entregó en mis manos. ¡Ja, ja! Se lo agradecí mucho, al cónsul, camarada es usted un genuino revolucionario, le dije, le di un fuerte abrazo, aunque enojoso, claro, no crean que no tengo escrúpulos, preferiría haberle escupido a la cara, pero le di un abrazo, sí, me despedí de él y después fui a interrogar a la chica. Ella aguantó dos días. A las tantas parió, allí mismo, una niñita, así, de este tamaño, sangre, sangre, cuando pienso en aquello lo que veo es sangre. Mabeco, un mulato del sur, falleció hace tiempo, un final estúpido,

dos puñaladas a sangre fría en un bar de Lisboa, nunca llegó a saberse quién fue, Mabeco cortó el cordón umbilical con una navaja y después encendió un cigarrillo y empezó a torturar al bebé, quemándole en la espalda y el pecho. Sangre, ¡caray!, sangre a mogollón, la chica, la tal Marta, con dos ojos que parecían lunas, me cuesta soñarla, y la bebé gritando, y el olor a carne quemada. Todavía hoy, cuando me acuesto y me duermo, siento aquel olor, oigo el llanto de la niña...

—¡Cállese!

Era Félix, con un grito áspero, con una voz que no le había escuchado nunca. Repite:

—¡Cállese! ¡Cállese!

Desde aquí, desde donde estoy, en la cima del armario, le veo el cráneo iluminado por un áurea de furia. Se separa de Ângela y avanza hacia Edmundo, con los puños cerrados, gritando:

—¡Desaparezca! ¡Fuera de aquí!

El ex agente se levanta con dificultad. Se incorpora completamente. Lanza una mirada de desprecio a José Buchmann a la vez que suelta una áspera carcajada:

—Ya no tengo la menor duda. Eres tú mismo, Gouveia, el fraccionista^[6]. El otro día casi te reconozco por las carcajadas. Te reías mucho en los comicios de los fraccionistas, eso antes de que el cónsul, patricio tuyo, te entregase en mis manos. En la cárcel sólo llorabas. Llorabas mucho, bua, bua, como una mujer. Escucho ese lloriqueo y veo al joven Gouveia. ¿Lo que querías era venganza? Para eso se necesita pasión. ¡Hace falta valor! Matar a un hombre es cosa de hombres. Entonces,

como

en

un

baile

lento:

Ângela atraviesa la cocina,
pasa rozando la mesa,
con la mano derecha coge la pistola,
con la mano izquierda aparta a Félix,
apunta al pecho de Edmundo

y dispara.

El grito de la buganvilla

En el patio, en el lugar donde Félix Ventura enterró el estrecho cuerpo de Edmundo Barata dos Reis, florece ahora la rubra gloria de una buganvilla. Ha crecido deprisa. Ya cubre una buena parte del muro. Se asoma a la acera, afuera, como una exaltación —o una denuncia— a la que nadie presta atención. Hace días me atreví, por primera vez, a salir al patio. Escalé el muro con el corazón en un puño. El sol refulgía en los cascotes de vidrio. Me deslicé entre ellos, cautelosamente, y atisbé el mundo. Vi una calle, muy ancha, de barro rojo, y las casas viejas, fatigadas, afeando la otra orilla. La gente pasaba ajena a los gritos de la buganvilla. Me aterrorizó el amplio cielo sin nubes, el silencio pesado de luz, una bandada de pájaros volaba en círculos. Regresé, corriendo, a la seguridad de la casa. Quizá vuelva a salir si mientras tanto el tiempo se turba un poco. El sol me aturde, me lastima la piel, aunque me gustaría observar más con más calma la gente que pasa.

Félix está triste. Casi no habla conmigo. Aunque hoy ha roto el silencio. Entró en casa, se quitó las gafas, las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, después se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla. A continuación abrió la carpeta y me enseñó un sobre pequeño, cuadrado, de papel amarillo.

—Ha llegado otra fotografía, ¿ves, amigo mío?, todavía no se ha olvidado de nosotros.

Abrió el sobre, cuidadosamente, procurando no rasgarlo. Era una foto tomada con una Polaroid. Un arco iris iluminando un río. En la esquina superior derecha se veía la silueta de un muchacho desnudo zambulléndose en el agua. Ângela Lúcia había escrito también con color azul, en un margen de la fotografía: «Plácidas Aguas, Pará», y la fecha. Félix fue a buscar una caja de alfileres, de esos pequeños, con cabeza redonda y de colores. Escogió uno, de un verde intenso, absurdo, y clavó la fotografía en la pared. Después se alejó tres pasos para estudiar el efecto. La pared de la sala de estar, opuesta a las ventanas, está casi toda cubierta de fotografías. El conjunto forma una especie de vitral que a mí me recuerda las experiencias de David Hockney con polaroid. Predominan los tonos azules.

Félix Ventura giró hacia la pared el gran sillón de mimbre y se sentó en él. Así permaneció mucho tiempo, inmóvil, mudo, viendo morir la fina luz de la tarde contra la luz inmortal de las Polaroid. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se las enjugó con el pañuelo. Me dijo:

—Lo sé. Te gustaría que la perdonase. Lo siento mucho, amigo mío, pero no puedo. Creo que no soy capaz.

El enmascarado

El hombre que acaba de entrar me recuerda a alguien. Aunque aún no logro caer en quién es. Alto, elegante, bien vestido. El pelo entrecano, cortado a ras, le da un aire de nobleza que su larga cara, un tanto ruda, enseguida desmiente. Lo veo atravesar como un tigre la luz durmiente de la tarde. Ignora la mano que Félix le extiende y después, pareciendo ligeramente hastiado, se sienta de piernas cruzadas en el sofá de piel. Suspira hondo. Tamborilea con los dedos en los brazos del sofá.

—Voy a contarle una historia inverosímil. Voy a contársela porque sé que usted no creerá en mí. Quiero intercambiar esta historia inverosímil, la historia de mi vida, por otra simple y sólida. La historia de un hombre común. Yo le doy una verdad imposible, usted me da una mentira vulgar y convincente. ¿Acepta?

Empezó bien. Félix Ventura se sienta, interesado.

—¿Ve esta cara? —El hombre señala con ambas manos su propia cara—. Pues no es la mía.

Hace una larga pausa. Vacila. Por fin empieza:

—Me robaron la cara, además, ¿cómo explicárselo? Me robaron de mí. Un día me desperté y descubrí que me habían hecho la cirugía estética. Me dejaron en una clínica con un maletín lleno de dólares y una nota. «Agradecidos por los servicios prestados. Considérese pagado». Esto era lo que decía la nota. Podían haberme matado. No sé por qué no me mataron. Quizá pensaran que así estaría más muerto o, entonces, al principio consideré que fuese eso, querían verme sufrir. Los primeros días, realmente, sufrí. Pensé en denunciar la situación. Busqué amigos. Algunos no me creyeron. Otros me creyeron, a pesar de la máscara que llevo ahora, porque, en fin, sé ciertas cosas, pero fingieron no creerme. Insistir me pareció peligroso. Después, una tarde como ésta, solo en la terraza de un bar, en la punta de Ilha, empecé a disfrutar de una sensación maravillosa. No sabía qué nombre darle. Ahora lo sé, ¡libertad! Esta situación me ha convertido en un hombre libre. Tengo recursos. Tengo acceso a cuentas, fuera, que me permiten vivir tranquilo hasta el último de mis días. En cambio no me pesan las responsabilidades, las críticas, los remordimientos, la envidia, el odio, el rencor, las intrigas de la corte, menos aún el terror de que un día alguien me traicione.

Félix Ventura mueve la cabeza, trastornado:

—Conocí a un individuo, un loco, uno de esos infelices que andan por ahí, por la ciudad, estorbando al tráfico, que defendía una extraña tesis. Creía que el presidente había sido sustituido por un doble. Su historia me recuerda a ésta.

El hombre lo mira con curiosidad. Su voz se vuelve más suave. Casi soñadora:

—Todas las historias están conectadas. Al final todo está conectado —suspira—, pero sólo algunos locos, muy pocos y muy locos, son capaces de comprenderlo. En fin, lo que pretendo es que me consiga lo contrario para lo que habitualmente le contratan. Quiero que me dé un pasado humilde. Un nombre sin brillo. Una

genealogía oscura e irrefutable. Debe de haber tipos ricos, sin familia y sin gloria, ¿no? Me gustaría ser uno de ellos...

Sueño n.º 6

Ante nosotros se erguía una jaula muy alta, ancha y profunda, de donde, a intervalos, a ráfagas vagas, irrumpía un alegre piar de aves. Periquitos, pájaros pico de coral, mosqueros colilargos, pájaros de pecho celeste, tórtolas, abejarucos. Estábamos sentados en sillas de plástico, muy gastadas, bajo la aromática sombra de un mango frondoso. A nuestra izquierda corría un muro bajo, de adobe, pintado de blanco. Papayos altísimos, cargados de frutos, se requebraban, junto al muro, con una languidez de mulatas. Mirando a la derecha, en dirección a la casa, se alineaban filas de naranjos, limoneros, guayabos. Un poco más adelante un enorme baobab dominaba la huerta. Parecía haber sido puesto allí para recordarme que aquello era sólo un sueño. Pura ficción. Unas gallinas picoteaban en medio del barro rojo y la hierba muy verde, arrastrando tras de sí nidadas de pollitos. José Buchmann desplegó una límpida sonrisa de victoria.

—Bienvenido seas a mi humilde reino.

Dio unas palmadas y enseguida una muchacha espigada, tímida, con un vestido corto y unas sandalias de plástico en sus ligeros pies, emergió de la penumbra. Buchmann le pidió que trajese una cerveza helada, para él, para mí un zumo de pitanga. La chica bajó la cabeza, sin mediar palabra, y desapareció. Regresó poco después haciendo equilibrios con una botella de cerveza, dos vasos y una jarra con el zumo en una bandeja de colores. Probé el zumo, desconfiado. Estaba bueno, ácido y dulce al mismo tiempo, muy fresco, con un aroma capaz de iluminar el alma más sombría.

—Estamos en Chibia, pero eso ya lo sabes, ¿no? Por mucho que le agradezca a nuestro común amigo, a nuestro querido Félix, haberme inventado este suelo, nunca se lo agradeceré lo suficiente.

—Perdona mi curiosidad. ¿Existe realmente una tumba, en un cementerio de la zona, con el nombre de Mateus Buchmann?

—Sí. Había algunas tumbas destruidas, y entre ellas, por qué no, la de mi padre. Mandé que hicieran la lápida. La has visto. Has visto la fotografía, ¿no?

—Entiendo. ¿Y las acuarelas de Eva Miller?

—Las encontré realmente en un anticuario en Ciudad del Cabo, una tienda fabulosa, que vende de todo un poco, desde joyas a álbumes de fotografías pasando por cámaras fotográficas. Eva Miller es un nombre común. Debe de haber en el mundo algunas decenas de pintoras de acuarelas con ese nombre. La breve noticia de su muerte en *O Século* de Johannesburgo, ésa sí, me la inventé yo con la ayuda de un viejo tipógrafo portugués, amigo mío. Necesitaba que el mismo Félix creyese en mi biografía. Si él creía en ella, todo el mundo la creería también. Hoy, sinceramente, hasta yo mismo me la creo. Miro atrás, a mi pasado, y veo dos vidas. En una fui Pedro Gouveia, en otra José Buchmann. Pedro Gouveia murió. José Buchmann regresó a Chibia.

—¿Sabías que Ângela era tu hija?

—Sí. Salí de la cárcel en 1980. Estaba destrozado, completamente destrozado: física, moral y psicológicamente. Edmundo fue conmigo al aeropuerto, me metió en un avión y me envió a Portugal. Nadie me esperaba. Allí ya no me quedaba familia, al menos conocida, no me quedaba nada, ni la más mínima relación. Mi madre había muerto en Luanda, pobrecilla, mientras estuve preso. Mi padre vivía en Río de Janeiro desde hacía años con otra mujer. Nunca tuve mucho contacto con él. Es verdad que nací en Lisboa, pero fui a Angola siendo muy pequeño, ni siquiera sabía hablar. Portugal era mi país, me decían, me lo decían en la cárcel los otros presos, la bofia, pero yo no me sentía portugués. Me quedé en Lisboa dos o tres años trabajando en un semanario como corrector. Fue en esa época, en contacto con los fotógrafos del periódico, cuando empecé a interesarme por la fotografía. Hice un curso rápido y me fui a París. De allí a Berlín. Empecé a trabajar como reportero fotográfico y durante años, décadas, recorrí el mundo, de guerra en guerra, intentando olvidarme de mí. Gané mucho dinero, mucho dinero de verdad, pero no sabía qué hacer con él. Nada me atraía. Mi vida era una fuga. Una tarde estaba en Lisboa, un punto en el mapa entre dos puntos, un lugar de paso. En un restaurante de la plaza Restauradores, donde entré atraído por el olor de los menudillos de pollo que mi madre hacía, me reencontré con un viejo amigo. Fue él quien me habló de Ângela por primera vez. El hijo de puta de Edmundo se divertía contándome, siempre que me interrogaba, cómo mató a mi mujer. También me dijo que habían asesinado al bebé. Al final resulta que no la mataron. La torturaron delante de su madre, ¿me estás escuchando! Pero no la mataron. Se la entregaron a Marina, la hermana de Marta, y ella fue quien la crió. La crió como a una hija. Cuando lo supe me quedé trastornado. Habían pasado los años y había envejecido. Quería conocer a mi hija, quería estar con ella, pero me faltaba valor para contarle la verdad. Me obsequé. Me llené de odio, un rencor salvaje contra aquella gente, contra Edmundo. Quería matarlo. Creía que si lo mataba podría mirar a la cara a mi hija. Matándolo quizá yo renaciese. Regresé a Luanda sin saber muy bien qué hacer. Temía ser reconocido. En el hotel, en una mesa del bar, me encontré una tarjeta de visita de nuestro amigo Félix Ventura. «Dé a sus hijos un pasado mejor». Muy buen papel. Muy bien impreso. Fue entonces cuando tuve la idea de contratarlo. Con otra identidad me sería más fácil circular por la ciudad sin levantar sospechas. Podría matar a Edmundo y desaparecer. Pero quería que supiese por qué iba a morir, quería enfrentarlo a sus crímenes, lo reconozco, quería vengarme. Fue difícil encontrarlo y cuando lo encontré descubrí que se había vuelto loco. Al menos parecía loco. Fui con él a casa de Félix porque necesitaba oír la opinión de alguien. Félix creyó que sí, que Edmundo estaba loco, y en ese momento pensé en desistir. No podía matar a un loco. Una tarde esperé a que el tipo saliese de la alcantarilla donde solía esconderse y entré. Allí, en aquel agujero inmundo, había un colchón, ropa sucia, revistas, literatura marxista y, ¿te lo puedes creer? una serie de archivos con informes de la seguridad del Estado sobre decenas de personas. Mi proceso era uno de los

primeros. Yo estaba allí, con una linterna en una mano y el archivo en la otra, exaltado, confuso, cuando Edmundo apareció de repente, como un alma en pena. Saltó dentro de la alcantarilla y cayó a dos pasos de mí. Sostenía una navaja en la mano. Se reía. ¡Dios mío, su risa! Me dijo: «Los dos de nuevo cara a cara, camarada Pedro Gouveia, esta vez acabo contigo», y me atacó. Lo aparté con una patada, me saqué una pistola del cinturón, había comprado esa pistola días antes en el mercado Roque Santeiro, fíjese, y disparé. La bala le dio en el pecho, le dio de refilón, yo tiré la linterna, lo tiré todo, angustiada, y el tipo escaló el agujero. Lo agarré de las piernas, con fuerza, él se movía, se escabullía, se soltó dejándome con los pantalones en la mano. Fui detrás de él. El resto ya lo sabes. Estabas allí. Fuiste testigo de todo lo que pasó después.

—¿Y Ângela sabía que tú eras su padre?

—Ella jura que sí. Me contó que Marina le ocultó la tragedia durante muchos años hasta que un día, era inevitable, alguien, una compañera, creo, una amiga de la facultad, le insinuó algo. Ângela reaccionó muy mal. Se enfadó con Marina y con su marido, sus padres al fin y al cabo, sus verdaderos padres, excelentes personas los dos. Se enfadó con ellos y se fue de Angola. Fue a Londres. Luego a Nueva York. Se enteró de que yo era fotógrafo y eso la llevó a interesarse por la fotografía. Se hizo fotógrafa, como yo, y, como yo, se hizo nómada. Hace algunos meses te extrañó la coincidencia de que los dos fuéramos fotógrafos y que hubiésemos vuelto al país más o menos en el mismo momento. No te creías que fuese una coincidencia. Bueno, como ves, no fue completamente una coincidencia. Ângela jura que en cuanto me vio, una noche, ¿te acuerdas?, una noche en vuestra casa, jura que en cuanto me vio, en cuanto me puso la vista encima, adivinó quién era yo. No sé. Cuando pienso en ese encuentro lo que pasa es que me asusto. Para mí fue un encuentro extraño. Yo sí que sabía quién era ella. Ninguno de los dos dijo nada. Nos llamamos. Pasaron meses y entonces, aquella tarde, disparé a Edmundo y él corrió a buscar refugio en la única persona que lo podía acoger, Félix Ventura, ex alumno del profesor Gaspar, un hombre de la tribu.

José Buchmann se calló. Bebió lo que le quedaba de cerveza, un trago largo, y después se quedó absorto, con la mirada sumergida en el denso follaje del mango. En aquel huerto se estaba bien. La sombra caía sobre nosotros como un jarro de agua fresca. Un áspero chirrido de cigarras se sumó unos instantes al canto de los pájaros. Me entró sueño, unas ganas de cerrar los ojos y dormir, pero me resistí, seguro de que si me dormía en aquel momento me despertaría instantes después transformado en gecko.

—¿Tiene noticias de Ângela?

—Las voy teniendo. Debe de estar en este momento bajando por el Amazonas en una de aquellas barcazas lentas, perezosas, que de noche se llenan de hamacas. Por allí hay mucho cielo. Mucha luz en el agua. Espero que se sienta feliz.

—¿Y tú, eres feliz?

—Por fin estoy en paz. No temo nada. No ansío nada. Creo que se puede llamar felicidad. ¿Sabes lo que diría Huxley? La felicidad nunca es grandiosa.

—¿Qué va a ser de ti?

—No tengo ni idea. Probablemente sea abuelo.

Félix Ventura empieza a escribir un diario

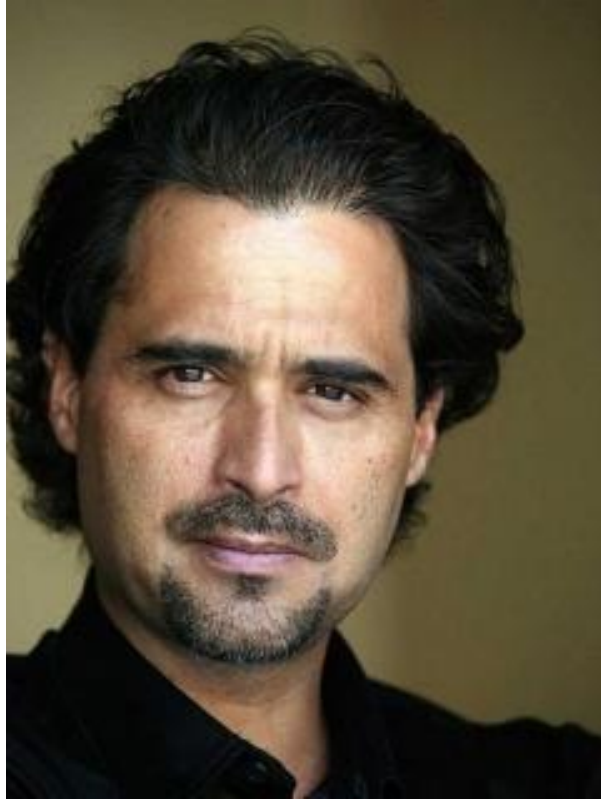
Esta mañana me he encontrado a Eulálio muerto. Pobre Eulálio. Yacía a los pies de mi cama, con un enorme escorpión, un bicho horrible, también muerto, preso entre los dientes. Murió en combate, como un bravo, él que no se creía valiente. Lo he enterrado en el patio, amortajado con un pañuelo de seda, uno de mis mejores pañuelos, junto al tronco del aguacate. He elegido la cara del aguacate que mira a poniente, húmeda, cubierta de musgo, porque allí siempre hay sombra. A Eulálio, como a mí, no le gustaba el sol. Lo voy a echar de menos. He decidido empezar a escribir este diario, hoy mismo, para persistir en la ilusión de que alguien me escucha. Nunca más tendré un oyente como él. Creo que era mi mejor amigo. Dejaré, supongo, de encontrármelo en sueños. La memoria que me queda de él, además, se parece cada vez más, cada hora que pasa, a una construcción de arena. La memoria de un sueño. Quizá lo haya soñado completamente, a él, a José Buchmann, a Edmundo Barata dos Reis. No me atrevo a excavar el patio, junto a la buganvilla, porque me aterroriza la posibilidad de no encontrar nada. A Ângela Lúcia, si la soñé, la soñé muy bien. Las postales que me sigue enviando, una cada tres o cuatro días, son casi reales. Compré en Altaïr, a través de internet, un inmenso mapamundi. La tienda Altaïr de Barcelona es mi librería preferida. Siempre que voy a Barcelona reservo dos o tres días para perderme en Altaïr, para consultar libros y mapas, álbumes de fotografías, para planear los viajes que haré un día; para planear principalmente aquellos viajes que nunca haré. He colgado el mapa en la pared de la sala, clavado en una placa de corcho, al lado de las Polaroid de Ângela Lúcia. Todas las postales llevan una nota que menciona el lugar en que ha sido tomada la imagen y así puedo fácilmente seguir su recorrido (en cada localidad he clavado un alfiler de cabeza verde). Veo que Ângela ha descendido el Amazonas hasta Belém

Pará. Calculo que después habrá alquilado un coche o, lo que me parece más probable es que haya cogido un autobús en dirección al sur. Me envió desde São Luis Maranhão la silueta en llamas de un pequeño barco con una vela cuadrada: «Río Anil, 9 de febrero». Cuatro días después me llegó la imagen de la mano de un niño lanzando un avión de papel. Un río se desliza al fondo, grande y pardo bajo el lento sol: «Ilhas Canárias, Delta del Parnaíba, 13 de febrero». No me es difícil imaginar el camino que tomará los próximos días. Ayer me compré un billete para Río de Janeiro. Volaré pasado mañana del aeropuerto Santos Dumont a Fortaleza. Creo que no me va a ser difícil dar con ella. Si José Buchmann consiguió encontrar a un patricio, un encadenado, dentro de una cabina telefónica, en Berlín, teniendo como única referencia un semáforo, más rápidamente encontraré yo a una mujer a la que le gusta fotografiar nubes. No sé lo que haré cuando la encuentre. Espero que tú, mi buen

Eulálio, dondequiera que estés, me ayudes a tomar la decisión correcta. Soy animista. Siempre lo he sido, pero sólo me he dado cuenta hace poco. Con el alma pasa algo semejante a lo que pasa con el agua: fluye. Hoy es un río. Mañana será mar. El agua adopta la forma del recipiente. Dentro de una botella parece una botella, sin embargo, no es una botella. Eulálio será siempre Eulálio, ya se encarne (en carne) ya en pescado. Me viene a la memoria la imagen en blanco y negro de Martin Luther King pronunciando un discurso a la multitud: «Tuve un sueño». De hecho, debería haber dicho: hice un sueño. Pensándolo bien, entre tener un sueño o hacer un sueño hay una diferencia.

Yo he hecho un sueño.

Lisboa, 13 de febrero de 2004



José Eduardo Agualusa (Angola, 1960) es periodista y escritor, con nueve novelas en su haber. De familia portuguesa y brasileña, pero criado en Luanda, ha hecho de la mezcla de culturas una de las reivindicaciones de sus novelas.

Entre sus novelas figuran *Estación de lluvias* (1996), *Nación criolla* (1997) y *El año en que Zumbi tomó Río de Janeiro* (2002), todas ellas publicadas en España. Con *El vendedor de pasados* ganó en 2007 el Independent Foreign Fiction Prize, y ha conseguido el reconocimiento internacional a una de las trayectorias narrativas más originales y sugestivas de la literatura contemporánea.

Notas

[1] Mujer angoleña vestida a la manera tradicional. (*N. de la t.*) <<

[2] El *cluduro* es un género musical y sobre todo un género de danza en Angola, una mezcla poderosa de ritmos tradicionales y de *beats* electrónicos de influencia *house* y *ragga*. Sobre esta base melódica, los *cluduristas* ponen sus textos, generalmente escritos en portugués y con algún vocablo de lenguas angoleñas como el *quimbundo*.
(N. de la t.) <<

[3] El *quizomba* es un estilo musical y un tipo de danza muy movido originario de Angola. El ritmo es similar al del *zouk* antillano. (N. de la t.) <<

[4] Frederick Douglass (1818-1895) fue un escritor, editor y orador abolicionista estadounidense famoso como reformador social. Ha sido uno de los escritores afroamericanos más importantes de su época y de toda la historia de Estados Unidos. (N. de la t.) <<

[5] *Fungi*: masa de harina de mandioca hecha generalmente con caldo de verduras, carne o pescado. (*N. de la t.*) <<

[6] En mayo de 1977 la fracción «revuelta activa» del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) intentó dar un golpe de estado. Seis prominentes dirigentes fueron asesinados, pero el complot fue derrotado en pocas horas. La posterior represión contra los fraccionistas tuvo grandes consecuencias no sólo en la sociedad angoleña, por el número de muertos y detenidos, sino también en el seno del MPLA, que perdió a muchos de sus militantes. (*N. de la t.*) <<